A painting of a woman in a yellow dress reading a book, with a man's arm visible behind her. The scene is set in a room with a window in the background.

Introducción a la antropología: la persona

4. La singularidad de la persona

Tomás Melendo

Índice

I. ¿Solo las personas son singulares?.....	5
1. Una nueva tautología	5
2. La singularidad graduada	12
3. La singularidad personal	17
II. La singularidad como irrepitibilidad: el único	25
1. Acercamiento inicial	25
2. La singularidad genuina: naturaleza y ámbitos	30
III. Atentados contra la singularidad de la persona	41
1. La reducción de la persona a simple función	41
2. El totalitarismo de «la moda».....	44
3. La competitividad extrema.....	46
IV. El incomparable	52
1. Descubrir y fomentar la singularidad	52
2. La fundamentación teórica.....	55
V. El insustituible.....	62
1. Una nueva visión de la dignidad humana	62
2. Y un nuevo modo de atentar contra esa dignidad.....	64

¡Para recuperar la forma!

¡Alerta!

Existen muchas maneras de acercarse a un escrito, como también las hay de observar la realidad. Con más o menos frecuencia, no advertimos la existencia de algo o dejamos sin percibir ciertas propiedades o caracteres de una persona, animal o cosa..., sencillamente, porque *no* los estamos buscando con auténtico interés.

Con los libros sucede algo parecido. Es preciso adoptar una actitud de *búsqueda activa* para encontrar todo lo que pueden enseñarnos... y lo que podemos descubrir por cuenta propia al hilo de sus afirmaciones... o en contra de ellas. Si esto no sucede, es fácil que asuntos de verdadero interés nos pasen desapercibidos, como si no existieran.

Por eso, te sugiero que intentes responder con calma a estas preguntas.

- Antes de leer las páginas que siguen, y aunque de entrada parezca ir demasiado lejos, ¿estarías de acuerdo con quien afirmara que la noción de singularidad está implícita en la de dignidad? Razona tu respuesta, sea cual fuere.
 - Y, en todo caso, ¿te sientes capaz de decir qué añade la noción de singularidad a la de dignidad... si es que piensas que aporta algo?
 - No te desanimes si titubeas a la hora de responder a estas preguntas. Lo importante es que comiences ya a plantearte cuestiones cuya solución, según espero, encontrarás más tarde.
 - ¿Estarías de acuerdo en que la singularidad de los animales es tan leve que se los puede tratar genéricamente, casi a bulto, sin atender a lo que los diferencia... justo porque semejante desigualdad —tan tenue— apenas si cuenta ni puede advertirse? Justifica tu respuesta tanto si es afirmativa como si es negativa.
 - ¿Qué queremos decir al sostener que la persona es *incomunicable*? ¿Nos referimos a la presunta incapacidad de mantener un diálogo inteligible con los demás o más bien al hecho de que la persona que yo soy no puedo transmitirla a ningún otro, aunque a través de la generación le *comunique* mi naturaleza humana?
 - ¿Piensas, entonces, que incomunicabilidad y singularidad son sinónimos perfectos? ¿De no ser así, podrías enumerar algunas de las diferencias?
- Si no fueras capaz, no te preocupes, pues el asunto será expresamente tratado más adelante.
- El no buscar la singularidad incapacita de raíz para cumplir la propia misión como persona. Sin embargo, en la sociedad actual lo que se premia en muchas ocasiones es justo lo contrario: la homogeneidad y la masificación.
- ¿Se te ocurren algunos ejemplos al respecto, en distintos ámbitos de la vida humana? Enumera todos los que puedas, e intenta explicar —si así ocurre— qué es lo que se pierde con esa *masificación igualadora*.

- Es bastante común el modelo educativo que, en lugar de abrir al niño y al joven —de la manera que a cada cual le es propia— a la verdad, a la bondad y a la belleza, busca sacar a la luz tan solo al especialista, sustituyendo la riqueza virtualmente ilimitada de su singularidad personal por la estrecha capacidad de ejercer una *función*.

¿Piensas que es así como se concibe y vive la educación en tu país? Si la respuesta es *sí*, ¿a qué responde semejante modelo educativo?, ¿cuál sería su fundamento último? ¿Podrías enumerar unos cuantos ejemplos que justifiquen tu afirmación?

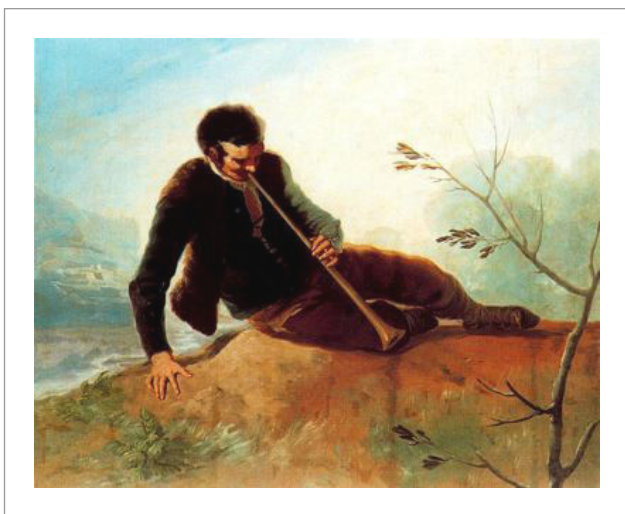
- ¿Estás de acuerdo en que la moda puede influir incluso en la manera de pensar y de amar? Si así te parece, ¿sabrías explicar el cómo? ¿Serías capaz de poner algunos ejemplos?



I. ¿Solo las personas son singulares?

1. Una nueva tautología

El hecho



Señalaba al inicio del tema precedente la especie de afinidad que liga los términos *persona* y *dignidad*. Consideraré en las páginas que siguen otra asociación de vocablos también muy corriente entre nuestros contemporáneos: la que enlaza persona con singularidad y las palabras equivalentes. «Cada uno es cada uno», «cualquier humano resulta único e irrepetible», «cada persona es un mundo»... Estas y expresiones similares abundan en los diálogos, discursos y escritos de hoy en día.

Pero tampoco ahora se trata de un simple capricho o de una moda pasajera, sino de una doctrina contrastada durante siglos, y de enorme relevancia para nuestro conocimiento y nuestra vida.

Ya Tomás de Aquino afirmaba tajante que, en sentido estricto, singularidad equivale a personalidad: Con el nombre de persona —venía a decir— queremos significar formalmente —de manera clara y directa, con la intención de subrayarla o resaltarla— la incomunicabilidad o la individualidad de determinadas sustancias; el nombre de persona designa, entonces, la condición por la que algo es distinto e incomunicable.

Singularidad suprema

Existe, pues, un nexo estrechísimo entre singularidad y personalidad. Lo cual nos sitúa ante otra especie de tautología o reiteración. Expresiones como «singularidad de la persona», «persona individual», «persona única e irreplicable», constituyen cierto pleonismo o redundancia: con ellas no quiere afirmarse sino la individualidad de lo (muy) individual, la singularidad de lo (en extremo) singular o la unicidad de lo (absolutamente) único e irreplicable.

Veremos enseguida que los paréntesis son importantes, porque indican algo que es imprescindible sacar a la luz: a saber, que la singularidad propia de las personas es infinitamente mayor que la de las demás realidades.

La de la persona es una singularidad superior o incluso suprema

Por eso, igual que la elevada valía de lo que reposa en sí mismo —la dignidad— diferencia a las personas de las realidades que no poseen tan alto valor, también su individualidad sobresaliente distingue a las personas de aquello que, por así decir, solo es singular de un modo secundario, derivado o empobrecido.

Más aún. Si examinamos el testimonio de algunos expertos, parecería incluso que la singularidad es la razón o causa de la dignidad personal: que, según un orden de naturaleza, esa singularidad *precede* y resulta más determinante y propia de la persona que la misma dignidad.



Al respecto, de manera análoga a lo que estudiamos al considerar la dignidad, Enrico Berté explica que el valor de la persona

... resulta extraordinariamente incrementado por el cristianismo, que subraya *su singularidad*, es decir, su carácter insustituible en la economía de la salvación: y esto se muestra con claridad en las parábolas evangélicas de la oveja perdida, del dracma, del hijo pródigo, en afirmaciones como “incluso los cabellos de vuestra cabeza están contados”, “vuestros nombres están escritos en el reino de los cielos”, y de la personalización llevada a cabo por Cristo de la misma verdad, cuando por ejemplo afirma: “*Ego sum veritas*”.¹

De manera análoga, Ricardo de San Víctor corrige la definición de Boecio, acentuando precisamente la singularidad de la persona, en cuanto la condición

1 BERTÉ, Enrico: *Il concetto di persona nella storia del pensiero filosofico*; en AA. VV.: *Persona e personalismo*. Padova: Fondazione Lanza, 1992, p. 44.

que este término indica no conviene sino a uno solo: *proprietas qui non convenit nisi uni soli*.

Y abundando en la misma idea, en el siglo XIII, Buenaventura de Bagnoreggio antepone, como elemento constitutivo de la persona, su radical singularidad a su grandeza o eminencia, cuando escribe que «la condición personal se encuentra configurada por dos factores: *singularidad y dignidad*».²



Cuestión que debe entenderse no solo desde el punto de vista espacio-gramatical, por el orden que establece entre las dos palabras, sino real. Pues, según recuerda Gilson, para Buenaventura, «la idea de persona implica la de individuo, *más* la de cierta dignidad de ese individuo».³

Una dignidad que deriva justamente de su especial y más aguda o acentuada singularidad.

Es lo que sostiene otro autor de nuestros días, Leopoldo Eulogio Palacios, con el valor añadido de poner muy atinadamente en relación la singularidad pronunciada y el obrar libre; puesto que solo puede actuar con libertad —con máxima autonomía— quien de un modo u otro se destaca o diferencia suficientemente del resto... y tiene la capacidad —el obrar libre— de seguir diferenciándose:

Existen innumerables individuos que no son personas: este diamante, este árbol, aquel rinoceronte. Pero entre tales realidades hay algunas cuya individualidad está todavía más acusada, menos dependiente del medio en que habitan, con más capacidad de autarquía y suficiencia, y que, en virtud de su naturaleza personal, son dueñas de sus propios actos. A estas sustancias [...] se reserva el nombre de personas.⁴

Con esta cita vislumbramos ya el núcleo de la cuestión. Advertimos que toda singularidad —«ser intensamente lo que uno es», diferenciándose del resto— lleva consigo cierta independencia respecto al medio. Y que la singularidad extrema acarrea una soberanía también más fuerte, estrechamente relacionada con *un modo de ser*, y del correspondiente obrar, autónomo y libre, tal como concluí al hablar de la dignidad y acabo de recordar.

2 BUENAVENTURA DE BAGNOREGGIO: *In II Sent.*, d. 3, q. 1, a. 2 ad 3.

3 GILSON, Étienne: *El espíritu de la filosofía medieval*. Madrid: Rialp, 1981, pp. 206-207, nota 17.

4 PALACIOS, Leopoldo-Eulogio: "La persona humana"; en AA.VV., *El concepto de persona*. Madrid: Rialp, 1989, p. 45.

Por consiguiente, no resulta absurdo sostener que la singularidad así entendida, como propiedad de quien es autosuficiente por gozar de autodomínio, es la *causa* de la dignidad. Aunque, en el fondo, más bien habría que decir —de acuerdo con lo que en su momento sugerimos— que tanto la singularidad como la dignidad remiten a un acto de *ser* de gran categoría, que por eso se destaca de todos los restantes y goza de independencia, mayor o menor, respecto a cualquiera de ellos.

La singularidad, como propiedad
de quien es autosuficiente y goza de autodomínio,
constituye *la causa* de la dignidad

La fuerza diferenciadora de los vocablos

La relevancia de la singularidad y su relación con la persona quedan aún más subrayadas al considerar el diverso modo como los términos *hombre* y *persona* designan a los seres humanos.

1. La voz «hombre» apuntaría de manera directa a la esencia o condición humana, de modo que, aunque se refiera a los singulares, lo hace en cuanto poseen una naturaleza *común*.

En este sentido, se trata de un término análogo al de perro o gato, cuando los utilizamos para aludir a un ejemplar de la especie canina o felina, connotando lo que los asemeja a los demás individuos de la misma naturaleza.



2. Por el contrario, el vocablo *persona* designa a las singularidades como tales, hasta el punto de que habría que considerarlo un nombre *propio*, similar a los que utilizamos para diferenciar a los individuos concretos: Pedro, Antonio, Santiago...

Propio, pero indefinido, si cabe este modo de expresarse. En efecto, si cabe aplicarlo al conjunto de los seres humanos, no es porque apele a un atributo general o común, sino en cuanto se refiere a cada uno, subrayando su distinción respecto a los demás, pero de una manera vaga o imprecisa. Algo análogo, no idéntico, a lo que se pretendía afirmar en otros tiempos con los vocablos Tizio

o Cayo, y hoy con Fulano o Mengano: *un individuo totalmente diferenciado —y muy diferenciado—*, pero cuyo nombre nos resulta desconocido o no queremos mencionar.

Por poner un ejemplo cercano y familiar, no ocurre lo mismo con los perros: cuando deseamos referirnos a uno de ellos no podemos sino designarlos con el nombre *propio-propio* que le hemos asignado: Pluto, Milú, etc. Entre los humanos, por el contrario, y justo porque su individualidad es mucho más acentuada, existe un vocablo que indica a *todos y cada uno* de los individuos, de manera general, pero precisamente en cuanto individuos, en cuanto sumamente diferentes de los restantes. Ese término es el de *persona*.

La palabra *persona* realza, por tanto, además y tal vez más que su dignidad, la individualidad del *individuo-muy-individual*, su autonomía y distinción respecto al resto de lo existente, pero de forma no definida. En este sentido, *persona* indica a un singular en cuanto *muy* singular, aunque indiscriminadamente. Es decir, a cada una de las personas, resaltando su singularidad, pero de manera inconcreta: *individuum vagum*, según la expresión latina.

3. Resumiendo, y con fórmula un tanto rebuscada, cabría sostener que el término *persona* designa a *cada uno* de los componentes de aquel conjunto de realidades que tienen *en común...* el ser cada cual *radicalmente distinta* de las restantes: sin par, única.



La palabra «persona»
realza, igual y tal vez más
que su dignidad,
la individualidad
del individuo,
su autonomía y distinción
respecto al resto
de lo existente

Consecuencias para la vida vivida

Estos simples apuntes permiten anticipar una conclusión de enormes repercusiones en la esfera educativa y, más en general, en toda la vida de relación entre los hombres.

Veamos por qué:

1. El vocablo *persona* se encuentra en la misma vertiente significativa que la voz *individuo*; pero va más lejos que esta, señalando y realzando el notable incremento de individualidad.

2. Es el individuo por excelencia, extremadamente singular.

Y justo por eso, porque los sujetos particulares de naturaleza intelectual o racional poseen la singularidad en un grado destacado y eminentísimo, se han hecho merecedores de una designación especial: la de personas.

3. Por consiguiente, si no se conoce y re-conoce y se lucha por ahondar día a día en esa suprema individualidad, dirigiendo *toda* nuestra atención a *cada* persona, *nada* se sabe realmente de los seres humanos; y si no se los trata *individualmente*, en realidad *no* es a la persona a quien estamos tratando: y no existe, por tanto, ninguna posibilidad de contribuir eficazmente a su mejora o perfeccionamiento... personal.

Suelo ejemplificar con cierta frecuencia:

3.1. Igual que el diamante solo se pule con diamantes, la persona únicamente crece y madura cuando entra en contacto íntimo con otras personas, poniendo en juego lo que cada una de ellas tiene de más estrictamente personal: el entendimiento y la voluntad y, en lo que nos atañe, su radical singularidad, que afecta a esas y a las restantes potencias o facultades.



3.2. Por el contrario, para *des-hacer* a una persona, para incitarla a obrar mal, no es menester tener en cuenta su exquisita singularidad: más aún, despersonalizarla, tratarla como mero número o como masa, es ya un inicio de ese posible influjo negativo e incrementa enormemente la capacidad de obrar en contra de ella.

3.3. Desde semejante perspectiva, los instrumentos o circunstancias que se relacionan preponderantemente con los seres humanos como grupo o en conjunto —medios de comunicación *de masas*, mítines, etc.—, poseen mayor capacidad de inducir a las personas hacia actuaciones incorrectas e incontroladas que hacia hondas convicciones *personales* que les inclinen a la mejora.

No pretendo con ello decir que la televisión, por citar el ejemplo más clásico hasta hace algunos años —y que hoy tiende a ser sustituida por otros medios

informáticos —, *no* pueda en modo alguno favorecer el perfeccionamiento de los hombres, sino simplemente que, para lograrlo, es necesario un notable suplemento de personalidad —de grandeza humana— que permita a quien habla *llegar* hasta las individualidades de quienes lo escuchan, disolviendo la masa, para extraer de ella cada una de las personas que la componen.

De manera análoga, una arenga desemboca con relativa facilidad en algarrada con daños materiales y humanos, mientras que una conversación personal, de tú a tú, resulta más adecuada para una conversión profunda.



La persona únicamente crece y madura
cuando entra en contacto íntimo con otras personas

El apoyo de las autoridades

Tal vez cuanto acabo de afirmar suene un tanto exagerado. Pero no lo es. La profunda verdad que encierra explica que, a unos seiscientos años de distancia de Tomás de Aquino y Buenaventura, Søren Kierkegaard hiciera de la categoría de persona el eje de todas sus especulaciones y de sus intentos de salvar a la humanidad de la degradación originada por el afán de homogeneizar tan propio de su tiempo... y de los nuestros; y que, para designar a esa categoría privilegiada, utilizara un término característico —*den Enkelte*—, que acentúa precisamente la singularidad del individuo humano que se torna por completo personal.

Cornelio Fabro propone traducir ese vocablo por «*il Singolo*», cuya versión directa en castellano sería «el Singular». Y lo mismo hacen otros autores, como Mesnard o Viallaneix, cuya monografía más conocida sobre Kierkegaard lleva por subtítulo: *El único ante Dios*.

De esta suerte quieren poner de relieve cuanto de irreplicable y, en cierto modo, de extraño y excepcional encierra cada persona (todos los seres humanos somos tan *raros* —suelo explicar a mis hijos cuando califican de este modo a un amigo o amiga algo excéntricos— que somos... únicos: no se olvide que uno de los significados de «raro» en castellano es justo el de «escaso», y nada más escaso que lo que solo es uno).

«El Singular», como equivalente de persona, indica hasta qué extremos la absoluta individualidad de cada ser humano lo caracteriza o incluso lo constituye como persona en su sentido más agudo y acendrado.

En efecto, Kierkegaard atribuye tal importancia al individuo profundamente singular, a ese ser cada quien el que efectivamente es, concreto y perfilado, que lo establece como requisito ineludible y casi suficiente para que pueda relacionarse con Dios y colmar así su calidad de persona:

“El Singular”: con esta categoría se mantiene en pie, o cae, la causa del cristianismo [...]. Por cada hombre que yo pueda atraer a esta categoría de “el Singular”, me comprometo a hacer que se convierta en cristiano; o mejor, puesto que nadie puede hacer esto por otro, le garantizo que lo será.⁵

Los testimonios en la misma línea, antiguos y modernos, podrían multiplicarse. Con todo, en el plano teórico, una duda se alza inevitable: ¿sirve de hecho la singularidad para diferenciar a las personas de las realidades infrapersonales, que, en fin de cuentas, también son concretas?

Retomo ahora ciertas observaciones a las que unos párrafos más arriba simplemente aludí.

2. La singularidad graduada

El problema... y las claves para su solución

«... que, en fin de cuentas, también son concretas». Hace ya bastante tiempo, mientras impartía un curso en torno a la persona humana, un catedrático de otra disciplina, con muchos años de vuelo y en extremo inteligente, me objetó, irónico:

— Considero que hacéis mal los filósofos cuando insistís tanto en la singularidad de la persona, como si se tratara de algo extraordinario. En última instancia, también los árboles o los perros son singulares.

¿Qué se escondía tras esta afirmación?

5 KIERKEGAARD, Søren: *Diario*, VIII 1 A 482.

1. Si no yerro, uno de los defectos más frecuentes en el mundo de hoy, y tal vez más aún entre intelectuales: una consideración de la realidad que, al menos, hasta cierto punto, es abstracta o indiferenciada.

O, si se prefiere, el defecto especulativo-práctico de no considerar que en el universo *real* —ese con el que nos topamos cada día y en el que se desenvuelve



nuestra existencia— no hay dos seres absolutamente iguales.

Y, por consiguiente, que cualquier atribución de una propiedad o de una carencia debe *modularse* (configurarse de un modo u otro) y, tal vez sobre todo, *graduarse* (según un más y un menos) en función de aquel o aquello a quien está referida.

2. En relación con lo que nos ocupa, es verdad que todos los seres son singulares, pues lo

universal-abstracto se encuentra solo en nuestro entendimiento; pero no es menos cierto, ni tiene menor importancia, que cada uno lo es a su modo, único y exclusivo: con una configuración y una intensidad diversas, que impide que la individualidad pueda serle atribuida con un significado y un vigor idénticos al de cualquier otra realidad existente.

Cada uno de los seres del universo
es más o menos singular
y de un modo distinto al de cualquier otro

Considero que esta es una de las claves más determinantes del conocimiento auténtico. Lo advertía ya en páginas anteriores al referirme a los varios niveles de personalidad (ya dije que en ocasiones se habla de «personalidad», para dejar claro que se alude a las dimensiones ontológicas —al *ser* de la persona— y no a las meramente psicológicas), y a cómo todo lo que es propio y característico de la persona —conocimiento, amor, libertad...— se da en cada uno de esos estratos de manera peculiar y más o menos plena y aguda que en el resto. Y lo mismo sucede con cualquier otra cualidad o atributo: más cuanto más relevante resulte y mayor envergadura posea la realidad de que se trate.

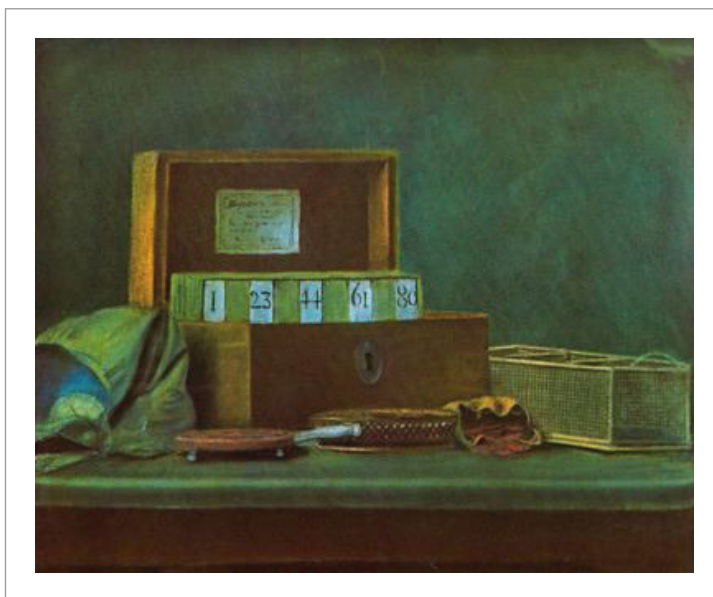
Los grados de singularidad

En lo que atañe a nuestro tema, existen, por decirlo así:

1. Una singularidad menuda o poco pronunciada.

2. Y, en el otro extremo, una individualidad acentuadísima, mucho más vigorosa y discriminadora.

La primera corresponde a las realidades de menor entidad o categoría, en particular a las inertes y, de manera todavía más acusada, a las artificiales. Sobre todo en el caso de estas últimas, y muy en particular cuando están fabricadas *en serie*, lo único que las diferencia es el concreto material con que están hechas: no el que una sea de plástico y otra de madera, lo que supondría *demasiada* distinción, sino una de este trozo de plástico y la otra de ese otro, en realidad prácticamente idéntico al primero.



Profundizando un poco, y hablando con cierto rigor, pues decirse de todos los artefactos — desde los más simples hasta el ordenador más sofisticado —, que más que *ser* “uno”, *funcionan* como “uno”, siendo sus piezas cada una cierto todo inicialmente independiente... que se integra en el “todo artificial compuesto” más amplio del artefacto.

Algo semejante ocurre con las realidades inertes, que también son-funcionan como “una”, aunque no les sucede nada “serio” si se fragmentan. Pero la cuestión cambia radicalmente, aun cuando de forma graduada, cuando nos adentramos en el mundo de la vida: gracias a un injerto o un trasplante, pongo por caso, lo que anteriormente pertenecía a dos realidades distintas, pasa después a *ser-y-funcionar* como una sola, como un solo organismo. La manera de ser “uno” —y, correlativamente, diverso del resto— admite, como puede fácilmente advertirse, grados progresivos.

Por eso cabe sostener con rigor que un vaso vale lo que otro vaso y una silla lo que otra... y, de hecho, muy a menudo ni siquiera caemos en la cuenta de que nos los han cambiado; que no sucede exactamente lo mismo, pero sí algo análogo, con las plantas y los animales; y que, en el extremo opuesto, Dios es el absolutamente Otro.

3. O, de manera más universal:

3.1. La singularidad de las realidades infrapersonales —de los animales y las plantas— es muy leve, muy poco discriminadora: en definitiva, cada una de ellas no constituye sino un puro exponente de la perfección propia de su especie; como un fragmento, una porción o un *número* de ese *tipo* de realidad. De ahí que



resulte legítimo tratarlas genéricamente, casi a bulto, sin atender a lo que las distingue, justo porque semejante desigualdad es tan tenue que apenas si cuenta ni puede advertirse.

3.2. Al contrario, la diferencia entre los seres humanos, precisamente por ser personas, es radical y absoluta. Resultan valiosos por sí mismos y por eso merecen una atención particularizada, que comienza ya en el modo de conocerlas, como antes apunté.

Según explica Forment, entre todas las realidades que pueblan el cosmos,

... únicamente la persona es “buscada por sí misma”. Solo en el nivel de la naturaleza racional, los individuos en cuanto tales tienen interés por sí. En la escala de los seres, según los grados de perfección, por debajo de la persona humana los individuos interesan en razón de la naturaleza que poseen, porque en ellos todo se ordena a las operaciones específicas, de la naturaleza. Por más singulares que fueren [y precisamente porque no lo son en muy alto grado], interesan sus propiedades específicas. Por el contrario, en el nivel de la dignidad personal, lo estimable, lo valioso para ser contemplado o para entrar en diálogo o comunión de vida, es el individuo, el ser singular que posee la naturaleza racional.⁶

**La diferencia entre los seres humanos,
precisamente por su estatus de persona,
es radical y absoluta**

De nuevo la singularidad extrema

La cuestión ha sido tratada de una manera muy correcta, entre otros, por Romano Guardini. En el libro titulado *Mundo y persona*, el capítulo que dedica a la caracterización de esta segunda —la persona— está basado todo él en un solo principio: que la categoría de cualquier existente crece en la proporción en

⁶ FORMENT, Eudaldo: *Principios básicos de bioética*. Madrid: Palabra, 1990, p. 18.

que aumenta su singularidad; y que, por tanto, la extrema individualidad del ser humano (y de los superiores a él) lo distingue hasta tal punto de los animales que obliga a designarlo con un término propio y eminentemente enaltecedor, el de «persona» (es un caso más en que los personalistas actuales coinciden con los mejores metafísicos clásicos).

Citaré algunos párrafos especialmente pertinentes del filósofo ítalo-germano, que tienen además la virtud de resumir en buena parte cuanto hemos estudiado y poner las bases para comprender lo que veremos dentro de unos momentos.

En el primero sostiene:

Cuanto un ser vivo es de menor categoría, tanto más se sume [o diluye] en las exigencias de la especie; cuanto más elevado, tanto más intenso es el instinto de imponerse individualmente. Las propiedades caracterizadoras se hacen más numerosas, las realizaciones peculiares se destacan más, la fecundidad desciende numéricamente, las exigencias de cuidado de la prole se hacen mayores. De esta suerte, el individuo reviste cada vez mayor importancia, tanto respecto a la especie en su totalidad, como respecto a los otros individuos.⁷

Y más adelante:

“Persona” significa que en mi ser mismo no puedo, en último término, ser poseído por ninguna otra instancia, sino que me pertenezco a mí [...]. Persona significa que no puedo ser utilizado por nadie, sino que soy fin en mí mismo [...]. Persona significa que yo no puedo ser habitado por ningún otro, sino que en relación conmigo estoy siempre solo conmigo mismo, que no puedo estar representado por nadie [recuérdese el *per se sonans* romano], sino que yo mismo estoy por mí; que no puedo ser sustituido por otro, sino que soy único.⁸

**La categoría de cualquier existente
crece en la proporción en que aumenta su singularidad**



7 GUARDINI, Romano: *Mundo y persona*. Madrid: Encuentro, 2000, p. 96.

8 GUARDINI, Romano: *Mundo y persona*. Madrid: Encuentro, 2000, p. 96.

3. La singularidad personal

Diferencias entre personas y no-personas

Con palabras mías, y acudiendo a ejemplos concretos:

1. Un perro de guarda, de caza o de compañía interesa porque guarda, caza o proporciona acompañamiento *igual* que los restantes exponentes de su especie; o, en todo caso, porque lo hace mejor que *los demás*: es decir, porque encarna las propiedades *específicas comunes* con mayor eficacia que los otros integrantes del grupo. Pero siempre en comparación con el resto: en ninguna circunstancia posee la consistencia o valía como para resultar apreciable, amable y deseable por sí mismo.



Tiene sentido, por eso, que a la hora de adquirirlo busquemos el mejor entre ellos: es decir, repitiendo lo que acabo de sostener, el que destaca sobre los otros al cumplir de una manera eminente *lo específico* de ese tipo de animales; el que *funciona* mejor que los restantes.

Como también resulta justificable la inmolación de uno o más animales o plantas —el número no cuenta— en aras del bien de la propia especie y, al cabo, del conjunto del universo corpóreo: no hay planta o animal que valga estrictamente *por sí mismo*.

2. Justo lo contrario sucede con las personas, a las que se busca para instaurar con ellas un intercambio comunicativo de conocimiento y de amor, solo posible en la medida en que cada una constituya una estricta y no repetible intimidad individual: en el grado en que sea, con todas sus consecuencias, ella misma. Ni mejor ni peor... ni igual que las otras, porque, al ser *heterogénea*, no admite comparación.

Como después veremos, cada persona, «cada una de todas»:

2.1. Merece ser *conocida* por sí misma, justo porque posee —puede y debe poseer— una notable riqueza o vida interior, una intimidad del todo distinta a la de cualquier otra.

2.2. Reclama también ser apoyada en concreto, buscando el bien que le es propio; y en tal sentido, frente a cuanto acabo de apuntar respecto a los animales

o plantas, ningún ser humano puede ser sacrificado, y ni siquiera lesionado, con vistas a mejorar la situación o la calidad de otro, o de cientos, miles o millones a lo largo de toda la historia. ¡También ahora el número es irrelevante, pero en sentido inverso!: cada uno lo vale *todo*, es absoluto.

2.3. Como asimismo postula que se la admire por las cualidades externas o internas, por la belleza que siempre posee y que manifiesta... a quien ha aprendido a contemplarla con mirada amorosa.

Cada persona debe ser conocida y amada

Novedad absoluta, ni normal ni anormal

1. Desde este punto de vista, y expresándolo técnicamente, ninguna persona se configura como un mero ejemplar de la especie a que pertenece, como un simple guarismo, como una re-edición de las perfecciones comunes. Muy al



contrario, cada ser humano trasciende la especie en que se engloba y aporta al universo una novedad absoluta, que constituye uno de los más insignes y decididos títulos de su excelsa condición: acaso *el* título, si se lo interpreta con hondura.

De ahí que no sea correcto hablar de *re-producción* humana, sino más bien de *pro-creación*, con lo que este vocablo sugiere de radical novedad “desde la nada”: *ex nihilo*.

Todo lo cual trae consigo una consecuencia cuya importancia no es fácil exagerar.

2. Si nos expresáramos y obráramos con coherencia, vocablos como los de *normal* o *anormal*, y todos los similares, carecerían por completo de sentido cuando se aplicaran a los seres humanos, y nunca podrían ser motivo de discriminación entre unos y otros.

Aplicados a los seres humanos,
términos como *normal* o *anormal* carecen de cualquier sentido

Llegar a ser quien es

Por eso, entre los animales existe una *norma*, que es la perfección de la especie. Pero cada ser humano es *único, impar, valioso por sí mismo*, y no permite el cotejo con modelo alguno distinto que su propia individualidad en un grado superior de desarrollo, hasta la conclusión definitiva al término de su vida, que es lo que desde el mismo momento de la concepción esa persona estaba llamada a ser.

De ahí que, frente a lo que acabamos de ver respecto a los animales, y a pesar de tantos esfuerzos por hacer que pase como algo corriente y perfectamente legítimo, resulta absurdo y tremendamente lesivo el intento de *seleccionar* a una persona, incluso antes de haber nacido, en función del sexo, el color de la piel, o de carencias o disfunciones genéticas... presuntas o reales, ¡tanto da! Entre otros motivos, porque, cuando se trata la cuestión con hondura —cuando lo que está en juego es su estricta condición *personal*—, no existe criterio alguno para realizar la selección: cada persona es *única, irrepetible y absolutamente* —es decir, desligadamente— *valiosa en sí misma*.

Y de ahí que el ideal de cualquier niño o adolescente, como el de las personas adultas, no deba ser una figura externa (aunque tales modelos puedan ejercer en determinadas etapas un efecto psicológico muy positivo... o muy negativo), sino él mismo a medida que advierta todo lo que puede dar de sí y los caminos propios y exclusivos para lograrlo.

Olvidar este principio, alentar o aspirar a ser el que más destaque, o, si se prefiere, pues así suele vivenciarse, ser mejor que los demás, se opone a la misma condición personal y, como consecuencia, origina inquietudes y frustraciones, e incluso enfermedades psíquicas, que podrían y deberían haberse evitado.

Desde semejante perspectiva, la vida propia del hombre, en su condición de persona, es la vida radicalmente singular, no asimilable y ni siquiera comparable a ninguna otra; por eso nunca debe ser tratado en masa, de forma genérica, ni tampoco contrastado con el resto.



Ninguna persona es un mero ejemplar de su especie,
un simple guarismo,
una re-edición de las perfecciones comunes

Biografías

El corolario es que respecto a cualquier ser humano, y solo respecto a ellos, son pertinentes e imprescindibles los análisis individuales y las biografías.

Escribe de nuevo Forment:

Las personas, a diferencia de los otros vivientes, tienen una vida biográficamente descriptiva de la cual merece la pena ocuparse y comprenderla. En las biografías no se determinan las características o propiedades universales de los hombres, sino que se intenta exponer la vida de un hombre individual, de una persona. Con una biografía no se pretende elaborar una antropología, ni tampoco un estudio metafísico sobre el ente personal, sino explicar la vida de una persona, en cuanto esta es algo individual y propio, es decir, narrar su vida o vida personal.⁹

Respecto a cualquier ser humano, y solo respecto a ellos,
son pertinentes e imprescindibles
los análisis individuales y las biografías



¿Extrañará, entonces, que la más conocida de las obras de San Agustín —la primera que refleja de forma plena el valor de *cada* persona— adopte el estilo autobiográfico, con una maestría y una penetración que probablemente todavía no han sido superadas? En las *Confesiones*, lo que atrae la capacidad de análisis y reflexión de Agustín de Hipona es *este y aquel* hombre concreto, cada uno en su propia singularidad irrepetible y con sus particulares problemas. En definitiva, y si quisiéramos resumir, es el hombre *en cuanto persona*, única e inconfundible.

Por todo ello, su filosofía se muestra tremenda y decididamente enaltecadora de la persona, justo *como persona*. No es *el* hombre genérico lo que le fascina, sino cada persona y, más en particular — parece decir —, *mi* persona, en toda la riqueza de sus matices y sus luchas y vicisitudes interiores. O, si se prefiere, el gran problema del *yo*. Por eso, dejará escrito:

Yo mismo me había convertido en un gran problema (*magna quaestio*) para mí.¹⁰

9 FORMENT, Eudaldo: *Principios básicos de bioética*. Madrid: Palabra, 1990, p. 22.

10 «Factums eram ipse mihi magna quaestio: yo mismo me había convertido para mí en un gran enigma». AGUSTÍN DE HIPONA: *Confesiones*, IV, 4, 9; en *Obras completas*. Edición bilingüe. Madrid: BAC. 5ª. ed., 1970-1988, p. 166.

Y también:

No comprendo todo lo que soy.

La persona concreta de Agustín de Hipona —no hay más persona que la particular y concreta— se transforma en protagonista de su propia filosofía. Como se ha recordado a menudo, es ella el observador y el observado.

Todo lo cual confirma una idea apuntada en el primer capítulo:

1. El que Agustín, en las *Confesiones*, hable constantemente de sí mismo, de sus padres, de su patria, de las personas a las que ama; el que saque a la luz hasta los rincones más recónditos de su alma y las tensiones más íntimas de su voluntad, es signo elocuente del giro experimentado por la especulación sobre el hombre, como consecuencia del cristianismo, a raíz del descubrimiento de su exquisita condición personal.

2. Si comparamos su actitud con la de su maestro Plotino —que se refiere de continuo al hombre en abstracto o en general, despoja al alma de su individualidad característica e ignora por completo el problema de la condición personal—, advertiremos hasta qué punto San Agustín ha percibido la índole propia, exquisitamente original, de la persona y el modo en que esta trasciende la categoría de mero eco o reposición de la especie.

Yo mismo me había convertido en un gran interrogante para mí

Las repercusiones de estos hechos para nuestra vida serán comentadas más tarde. Por el momento, cabría condensarlas en una sola máxima: ¡ojo con las generalizaciones, en el conocimiento y en el modo de obrar!; intentemos dar a cada gesto, a cada actuación, a cada desplante, ¡a cada expresión de cariño!, el concreto valor que esa realidad tiene en atención a las circunstancias de la persona —única— que lo está llevando a cabo o a quienes los enderezamos.



Serenidad.

El conocimiento humano no es instantáneo. Normalmente nunca acaba de comprenderse lo que se lee... y menos por ver primera. Lo medio-entendido entonces prepara para estudiar lo que sigue y para descubrir matices de la vida real; y el nuevo conocimiento ayuda a aclarar y asentar lo ya aprendido. A menudo es preciso volver repetidamente sobre lo mismo. Pero el resultado suele provocar una noble y notable satisfacción.

¡Ten confianza!

Ayuda para la reflexión personal

- Al hilo de lo expuesto en este capítulo —y con independencia de su utilización en algunos países latinoamericanos—, te invito a que reflexiones sobre el término «gente». ¿Consideras que representa un modo adecuado de referirse al hombre? Si es así, ¿en qué casos? Y, por último, ¿qué encierra en tu opinión el empleo abusivo de este vocablo en nuestros días?
- Seguramente tendrás una mascota en casa o, por lo menos, conocerás a alguien que la tenga. En vista de la relación tan especial que a menudo se establece entre una persona y *su* animal de compañía, ¿piensas que las palabras recogidas en el punto anterior resultan exageradas? ¿Por qué o por qué no?
- ¿Has entendido suficientemente en qué sentido cabría decir que la singularidad es «la causa» de la dignidad? ¿Por qué la expresión «la causa» va encerrada entre comillas?
- El vocablo *persona* se encuentra en la misma vertiente significativa que la voz *individuo*. De hecho, hablando en términos estrictamente metafísicos, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que cada hombre es un individuo. Pero, ¿qué consecuencias piensas que tiene en la vida vivida la consideración de la persona como *mero* individuo?
- Como habrás advertido, el término individuo se utiliza con frecuencia en sentido peyorativo —«¡menudo individuo está hecho ese!»—, pero no sucede lo mismo con la voz «persona», que más bien suele emplearse con armónicos ponderativos. ¿Podrías explicar la razón o razones de este hecho?

Nueva ayuda para la reflexión personal

- Merece la pena pararse a reflexionar sobre un texto clave de Guardini, que en estas páginas me he limitado a reproducir. Te invito a que expliques con tus propias palabras qué quiere decir el autor con las expresiones que he transcrito en cursiva.

«"Persona" significa que en mi ser mismo no puedo, en último término, *ser poseído por ninguna otra instancia*, sino que me pertenezco a mí mismo [...].

Persona significa que no puedo ser utilizado por nadie, sino que soy *fin en mí mismo* [...]. Persona significa que yo no puedo ser habitado por ningún otro, sino que en relación conmigo estoy siempre *solo conmigo mismo*, que no puedo estar representado por nadie

[recuérdese el *per se sonans* romano], sino que yo mismo estoy por mí; que no puedo ser sustituido por otro, sino que soy único» (GUARDINI, Romano. *Mundo y persona*. Madrid: Encuentro, 2000, p. 104).

Insisto de nuevo en que no te inquiete lo más mínimo si *te parece* que no eres capaz de sacarle jugo a estas afirmaciones. El simple hecho de pensar en ellas es una magnífica preparación para ir viendo sus consecuencias en el estudio... y en tu misma vida diaria. Y, de este modo, alcanzar también las respuestas teóricas, que a su vez alimentarán, para bien, la vida vivida (soy plenamente consciente de que me repito... y me repito con plena voluntariedad y plena conciencia).

- Tampoco tienen desperdicio estas afirmaciones de Schumacher:

«Allí aprendí una cosa. Vi entonces también que siempre ha habido, en todas las tradiciones humanas, una enorme resistencia a este asunto del contar. No sé cuántos de ustedes conocen todavía la Biblia, pero eso puede hallarse en dos de sus pasajes, en las *Crónicas* y en el *Libro de los Reyes*. El primer tipo que preparó un censo fue el rey David, y cuando lo hizo, el Señor se puso hecho una furia. Y dio a escoger a David entre tres castigos como penitencia. Y David dijo: “Sí, sí, sé que he pecado”, y no discutió. Ya saben ustedes que aquellos judíos solían responder discutiendo todo con absoluta libertad. Pero David había comprendido desde el primer momento que había algo malo en tener un censo que trata a las personas como si fueran unidades. Y no lo son. Cada una de ellas es un universo» (SCHUMACHER, Edward F.: *El buen trabajo*. Madrid: Debate, 1980, pp. 183-184).

- Ni estas otras de Oliver Sacks, conocido neurólogo recientemente fallecido, referidas a una persona que carece de memoria y está obligado, por eso, a *rehacer* en cada instante su propia identidad:

«Este frenesí puede producir potencialidades de invención y de fantasía sumamente brillantes (un auténtico genio confabulatorio) pues el paciente *debe literalmente hacerse a sí mismo (y construir su mundo) a cada instante*. Nosotros tenemos, todos y cada uno, una historia biográfica, una narración interna, cuya continuidad, cuyo sentido, *es nuestra vida*. Podría decirse que cada uno de nosotros edifica y vive una “narración” y que esta narración *es nosotros, nuestra identidad*.

Si queremos saber de un hombre, preguntamos “¿cuál es su historia, su historia real interior?”... porque cada uno de nosotros *es una biografía, una historia*. Cada uno de nosotros *es una narración singular, que se construye, continua, inconscientemente, por, a través de y en nosotros...* a través de nuestras percepciones, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras acciones; y, en el mismo grado, nuestro discurso, nuestras narraciones habladas. Biológica, fisiológicamente, no somos distintos unos de otros; históricamente, como narraciones... somos todos únicos.

Para ser nosotros mismos hemos de *tenernos* a nosotros mismos, hemos de poseer, de re-poseer si es preciso, nuestras historias biográficas. Hemos de “recolectarnos» a nosotros mismos, recolectar el drama interior, la narración, la nuestra, la de nosotros mismos. El individuo *necesita esa narración, una narración interior continua, para mantener su identidad*” (SACKS, Oliver: *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Barcelona: Anagrama, 4ª ed., 2003, p. 148).

- Concluyo con dos aplicaciones en el ámbito terapéutico, de la mano de Víktor Frankl:

«Por el contrario, quizá no resulte tan evidente el que un cambio existencial de este tipo se escapa necesariamente a todo método y a toda técnica; pero sí es cosa corriente oír ya por estas latitudes *que dentro del ámbito de la Psicoterapia lo menos eficiente es lo que esta tiene de método y de técnica*, y que lo que en realidad da el tono es *la relación médico-enfermo a nivel humano*. Acaso se trate a veces solo de “una buena persona y de un buen médico”; pero el buen médico ha de ser capaz de hacerse exigente para con el enfermo y hay sobradas ocasiones en las cuales se pone de manifiesto cómo precisamente el abandono de una postura de distanciamiento y prefijada o el *valor de intimar* favorece de manera definitiva y eficaz al paciente y solo a partir de este instante se hace este accesible a la influencia del

médico. *Me da la impresión de que el sueño* de medio siglo se ha revelado al fin como lo que era, un sueño, el sueño de una época que vivía de la ilusión de encontrar la mecánica de la psiquis y una técnica que fuese capaz de *curar sus afecciones*; en otros términos, se ha soñado con ofrecer la aclaración de la vida psicoanímica a base de mecanismos y el tratamiento de las enfermedades psicoanímicas por medio de tecnicismos" (FRANKL, Víktor: *La idea psicológica del hombre*. Madrid: Rialp, 6ª ed., p. 62).

- «Esto plantea la cuestión de cómo seleccionar y determinar el tratamiento en un caso dado. Bueno, yo no me canso de afirmar que el método de elección en un caso dado se reduce a una ecuación con dos incógnitas:

$$\Psi = X + Y$$

La X representa la personalidad única del paciente y la Y la igualmente única personalidad del terapeuta. En otras palabras, no todos y cada uno de los métodos son aplicables a todos y cada uno de los pacientes con el mismo éxito; no todos y cada uno de los terapeutas son capaces de emplear todos y cada uno de los métodos con el mismo éxito. En cuanto a adoptar el método al paciente, permítanme invocar como testigo al hombre que introdujo el concepto de neurastenia en psiquiatría: Beard, quien dijo una vez: "Si ha tratado usted dos casos de neurastenia de la misma forma, ha tratado usted mal al menos a uno de ellos." Acerca de cómo adecuar el método a uno mismo como terapeuta, voy a citar lo que dijo en cierta ocasión otro clásico cuando habló sobre el método que había introducido en la psiquiatría: "Esta técnica ha resultado ser el único método apropiado a mi individualidad; no me aventuro a negar que un médico completamente diferente pueda sentirse impulsado a adoptar una actitud diferente hacia sus pacientes y hacia la tarea que tiene ante sí." El hombre que dijo esto era Sigmund Freud" (FRANKL, Víktor: *La idea psicológica del hombre*. Madrid: Rialp, 6ª ed., pp. 196-197).



II. La singularidad como irrepeticibilidad: el único

1. Acercamiento inicial

El sentido de esta expresión

En perfecto acuerdo y continuidad con cuanto antecede, aunque con palabras quizás más complejas, se ha dicho que *no* resulta legítimo

... definir al hombre como individuo de la especie *homo* (ni siquiera *homo sapiens*).¹¹

Para añadir que, muy al contrario,

... el término “persona” se ha escogido para subrayar que el hombre no se deja encerrar en la noción “individuo de la especie”, que hay en él algo más, una plenitud y una perfección de ser particulares, que no se pueden expresar más que empleando la palabra “persona”.¹²

Son ese apogeo y excelencia peculiares los que, según vengo apuntando, *invierten* entre los hombres las relaciones entre individuo y especie, que tienen vigencia en el caso de las realidades infrapersonales.

Me explico:

1. En el reino de lo infrahumano (animales, plantas...), cada individuo no es más que un momento pasajero del persistir de su especie y, más allá todavía, un resultado efímero del disponerse de la materia: una fracción dentro del todo o, si se me permite la expresión, una suerte de *préstamo ecológico*, que surge del conjunto de la naturaleza corpórea, persiste durante algún tiempo... y vuelve a sumergirse en ella sin dejar ningún rastro *propia*mente individual.

11 WOJTYLA, Karol: *Amor y responsabilidad*. Madrid: Razón y fe, 12ª ed., 1979, p. 14.

12 WOJTYLA, Karol: *Amor y responsabilidad*. Madrid: Razón y fe, 12ª ed., 1979, p. 14.

Como consecuencia, adquiere su significado gracias a la familia biológica de la que forma parte y, a través de ella, se encuentra sometido y subordinado al bien del universo en su conjunto, al llamado equilibrio ecológico. No solo la especie importa más que cada uno de sus ejemplares, sino que este obtiene toda su valía por servir a la totalidad en que se integra. Cosa que logra, según vengo insistiendo, en la medida en que mejor encarna los atributos propios de su especie o raza, en que es *más igual* a todos los demás, en que los *repite*.

1.1. En tal sentido, sostiene Kierkegaard, con el lenguaje paradójico que le caracteriza:

Tienen razón los pájaros cuando atacan a picotazos, hasta la sangre, al pájaro que no es como los otros, porque aquí la especie es superior a los individuos singulares. Los pájaros son todos pájaros, ni más ni menos.¹³

1.2. Pero todavía resultan más significativas las palabras que añade de inmediato:

En cambio, el destino de los hombres no es ser “como los otros”, sino tener cada uno su propia particularidad.¹⁴

**El destino de los hombres es
tener cada uno su propia particularidad**

Mera «fracción» frente a lo valioso-en-sí

La cuestión podría comentarse así:

1. Por su tenue consistencia en el ser y en el obrar, los animales, las plantas, las realidades inertes, no tienen ni aptitud ni *derecho* para destacar su individualidad, recortándola sobre el horizonte del cosmos y de la peculiaridad de la familia biológica a la que pertenecen; son propiamente parte de su especie: fracción.

2. Al contrario, el hombre se despega hasta tal punto de la suya, como algo dotado de valor por sí mismo —como *persona*—, que, en un tono un tanto hiperbólico, casi podría afirmarse que:



13 KIERKEGAARD, Søren: *Diario*, IX A 80.

14 KIERKEGAARD, Søren: *Diario*, IX A 80.

2.1. No existe especie humana, cuando lo que se considera en cada varón o mujer es su índole *personal*.

2.2. O, tal vez, que entre los hombres la especie reviste un significado totalmente distinto —casi opuesto— al que posee entre los animales y las plantas.



2.3. O, mejor todavía, porque aquí no queda ya rastro de metáfora, que esa especie —que realmente sí existe— no se configura de tal modo que el sujeto humano quede plenamente definido por su mera pertenencia a ella, como una simple reproducción, de modo que *tanto diera* uno como otro.

3. Muy lejos de todo esto, en un sentido nada figurado:

3.1. Cada persona humana —cada uno de nuestros interlocutores— trasciende su propio género.

3.2. Y, por otra parte, ostenta un significado particular, propio y nobilísimo, al margen o con independencia de los demás exponentes de la humanidad o, en casos más precisos, del grupo o clase en que se encuentra incluido, de los intereses del colegio o de la empresa, etc.

Cosa que sintetiza Pareyson cuando afirma:

En el hombre, por decirlo de algún modo,
todo individuo es único en su especie

Un nuevo inciso

Personalmente, y *en exclusiva para metafísicos o aspirantes a serlo* —con lo que quiero advertir también que los párrafos que siguen resultan más difíciles de entender, por lo que nadie debería sentirse “obligado” a leerlos si advierte que no contribuyen a un mejor conocimiento de lo que estamos tratando—, estimo que la expresión filosófica de todo esto sería más o menos:

1. Como Tomás de Aquino parece sugerir alguna vez, no habría problema alguno —más bien al contrario— en defender que el acto de ser del universo

infrapersonal es único, y que en el cosmos cambian, en fin de cuentas, las formas sustanciales, que son hechas emerger de la materia para, más tarde o más temprano, sumirse de nuevo en ella.

2. Al contrario, el acto de ser de cada persona humana es propio de cada cual, y también por eso *ex nihilo* (de ningún modo *ex materia*); razón por la que, de nuevo con la expresión de Pascal, se sitúa a una distancia *infinitamente infinita* por encima del acto de ser conjunto de la totalidad del cosmos.

3. Por consiguiente: la diferencia entre las realidades infrahumanas deriva y acompaña al cambio de formas sustanciales (Aristóteles llegó hasta aquí, y lo hizo adecuadamente), mientras que entre las personas la distinción radica primaria y definitivamente en el muy superior y superiormente diferenciador acto de ser (Tomás de Aquino prosiguió al filósofo griego hasta este extremo y lo superó, también de forma muy correcta y ajustada).

El acto de ser del universo infrapersonal es único;
el de cada persona, propio y exclusivo de ella

Algunas de sus consecuencias

De aquí, sea dicho solo de pasada, la conveniencia de esforzarnos por llamar a cada uno de nuestros conocidos, de nuestros amigos y familiares, por su nombre de pila, propio e irrepetible, y de ser consecuentes con esta denominación.

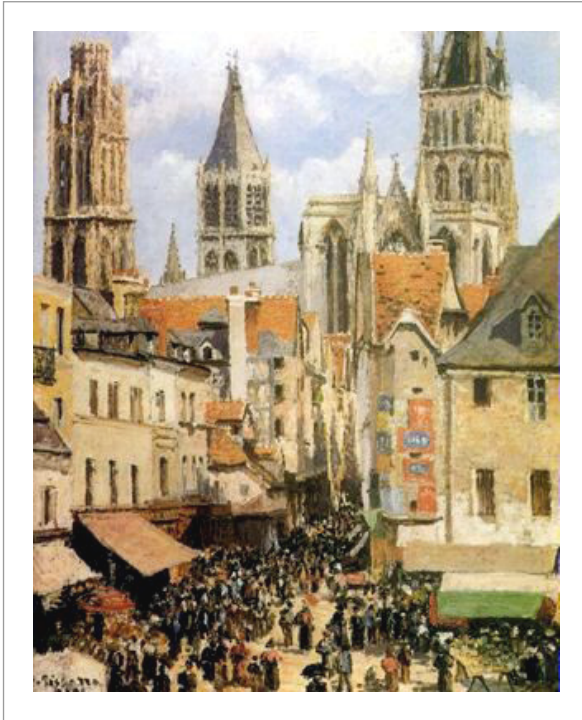
Como explica también Forment,

... cada persona o individuo humano es único e insustituible. Merece, por ello, ser nombrado no con un nombre que diga relación a algo genérico o específico, sino con un nombre propio, que se refiera a él mismo. Un nombre que indica su carácter individual y valioso por sí mismo. Solo las personas tienen nombre propio. Si se da también a otras realidades es por su relación directa con personas. El nombre propio se puede extender de la persona, su objeto directo, a su entorno, que tiene un nombre propio no por sí mismo, sino por estar referido a las personas [que son lo más perfecto de toda la naturaleza, lo supereminente y valioso en sí y por sí].¹⁵



15 FORMENT, Eudaldo: *Principios básicos de bioética*. Madrid: Palabra, 1990, p. 27.

Con todo, siendo este un corolario no despreciable y de aplicación cotidiana, existen consecuencias de mucho mayor calado, especialmente relevantes en la sociedad actual, que, de manera no siempre explícita pero muy a menudo efectiva, tiende a homogeneizar, masificar... o como prefiramos denominarlo, con tal de



que seamos conscientes de que todo ello lesiona y disminuye la categoría de las personas como tales: las «despersonaliza», por cuanto carácter personal, dignidad y singularidad se encuentran indisolublemente unidos y crecen o menguan de manera conjunta.

De ahí la conveniencia de exponer la necesidad de *singularizarse*, si se quiere alcanzar la plena condición personal.

Y también la de prevenir confusiones, transcribiendo unas palabras de Carlos Cardona, que muy bien podrían reemplazar, y con ventaja, a cuanto me dispongo a exponer, y que ahora utilizo para dotar a ese desarrollo de su más pleno significado.

Afirma Cardona en primer lugar que

... la verdadera singularidad de la persona humana [...] nada tiene que ver con las extravagancias y las rarezas, que no son más que disfraces que encubren un vacío de personalidad.¹⁶

Agrega que se trata más bien de

... ser un hombre común, pero *personalmente y a fondo*, hasta el heroísmo, dando la vida a Dios, por los otros. [...] La verdadera singularidad humana es esta, que tiene su origen en un singular acto creador divino para cada alma, y que tiene su posibilidad en la libertad que Dios nos ha dado, precisamente como facultad de amar generosa y liberalmente: a Él mismo de modo absoluto —y como correspondencia, para la unión de amistad eterna—, y a los otros porque Dios los ama.¹⁷

Y concluye:

Esta es la auténtica singularidad del hombre común, precisamente para la comunión. Esto es ser realmente persona y poner la base esencial para que pueda haber una comunidad verdaderamente humana.¹⁸

16 CARDONA, Carlos: *Ética del quehacer educativo*. Madrid: Rialp, 1990, pp. 178-179.

17 CARDONA, Carlos: *Ética del quehacer educativo*. Madrid: Rialp, 1990, pp. 178-179.

18 CARDONA, Carlos: *Ética del quehacer educativo*. Madrid: Rialp, 1990, pp. 178-179.

La verdadera singularidad humana tiene su origen
en un singular acto creador divino para cada alma

2. La singularidad genuina: naturaleza y ámbitos

A. La obligación progresiva de ser uno mismo

Ya apunté que, como las restantes, esta obligación deriva del deber primordial de todo ser humano de *dar de sí* cuanto le sea posible: de alcanzar su plenitud o cumplimiento.

Ahora me gustaría mostrar que tal perfeccionamiento es paralelo al incremento de singularización de cada persona. O, con palabras más sencillas, que nadie puede mejorar sino siendo cada vez más quien es y está llamado a ser, radicalmente diverso de cualquier otro.

En cierto modo, se trata de una doctrina reconocida al menos desde Platón. Ya este filósofo vio muy claro que para ser aquel que somos hemos de no-ser, de dejar-de-ser, absolutamente todo lo demás: para ser este varón particular que soy, no puedo ser ni mujer, ni animal, ni planta... ni cualquier otro varón de los que pueblan el universo.

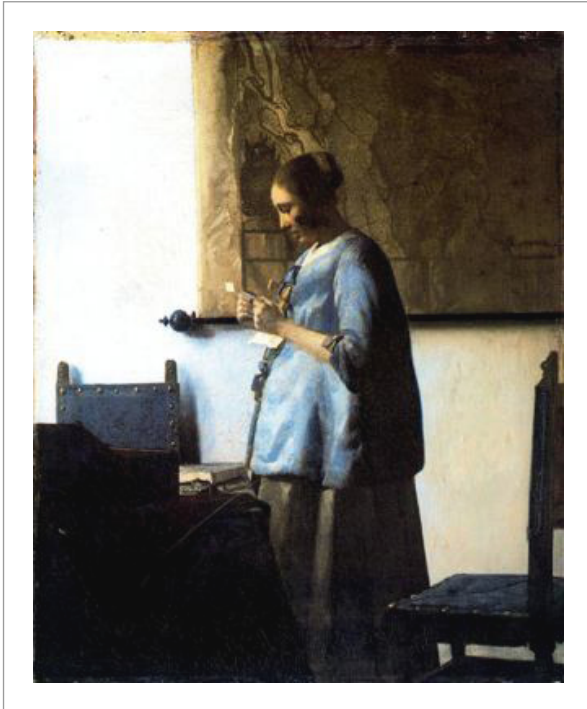
Nadie puede mejorar sino siendo cada
vez más quien es
y está llamado a ser, radicalmente
diverso de cualquier otro



Y si esto es ya así en el inicio de nuestra vida —y encuentra una manifestación muy clara en la dotación genética propia y exclusiva, singularizada complementariamente ya en el seno materno por lo que se conoce como epigénesis—, se va agudizando con el avanzar de la misma.

Entre otros motivos porque:

1. A partir de lo que nos ofrece la naturaleza y la educación que vamos recibiendo, y en estrecha y recíproca interconexión con todo ello, nuestro peculiar modo de ser, conocido a menudo como personalidad, lo vamos forjando principalmente a través de elecciones, que nos marcan o conforman con más o menos intensidad.



2. Pero tales elecciones suelen realizarse por lo común optando por alguno de los componentes de un conjunto de alternativas, y dejando fuera los restantes.

3. Por consiguiente, esa cadena de opciones configura una manera de ser continuamente más perfilada y única, puesto que el abanico de posibilidades decrece en cierto modo y se particulariza con cada nueva decisión.

4. Y todo ello nos perfecciona en la medida en que más se adecue a las aptitudes, cualidades, etc. con que en cada instante vamos contando: dando siempre lo mejor de nosotros mismos y no intentando imitar a ningún otro.

Desde tal perspectiva, vienen muy a cuento las palabras que Unamuno dirigía a un escritor novel, que le había escrito en son de queja porque el éxito obtenido por sus obras le parecía muy escaso en comparación con el que cosechaban otros, en su opinión peor dotados. Don Miguel le contestó:

No te creas más, ni menos, ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia pon todo tu empeño.¹⁹

«Ni igual... ». Se trata de una puntualización de enorme relevancia, tomada con toda probabilidad de su principal inspirador, Søren Kierkegaard, que afirmaba de modo aún más tajante:

Ser completamente “como los otros” parece una forma de confianza hacia los otros, y como tal se proclama y se alaba naturalmente también en el mundo [...]. No, querer ser del todo como los otros es una vileza deshonesta, grandiosa, precisamente hacia los otros. Por eso la pena ha venido también sobre el género humano: que estos millones viven todos,

19 UNAMUNO, Miguel de: “¡Adentro!”; en *Obras selectas*. Madrid: Plenitud, 5ª ed., 1965, p. 186.

hasta el último, hacinados en una barraca, porque cada uno es la copia perfecta del otro. De ahí su angustia e indecisión y desconfianza, cuando se trata de comprometer la vida.²⁰

No te creas más, ni menos, ni igual que otro cualquiera

B. La razón de ese deber

Lo que acabo de transcribir reclama, al menos, un breve comentario. ¿Por qué, en el decir de Kierkegaard, estamos ante «una vileza deshonesta, grandiosa... precisamente hacia los otros»?

Se entenderá sin excesiva dificultad a la luz de lo que ya he insinuado y más tarde desarrollaré:

1. Si el destino de toda persona —«principio y término de amor», la califico a menudo— es justo el de darse a los demás, para ennoblescerlos y hacerlos felices...

2. Si la aptitud para lograr ese objetivo resulta directamente proporcional a la riqueza que cada cual aporte con su entrega...



3. Si semejante patrimonio se consigue mediante un proceso de mejora que por fuerza conduce a ser cada vez más uno mismo, distinto e irremplazable, señero...

Parece claro que:

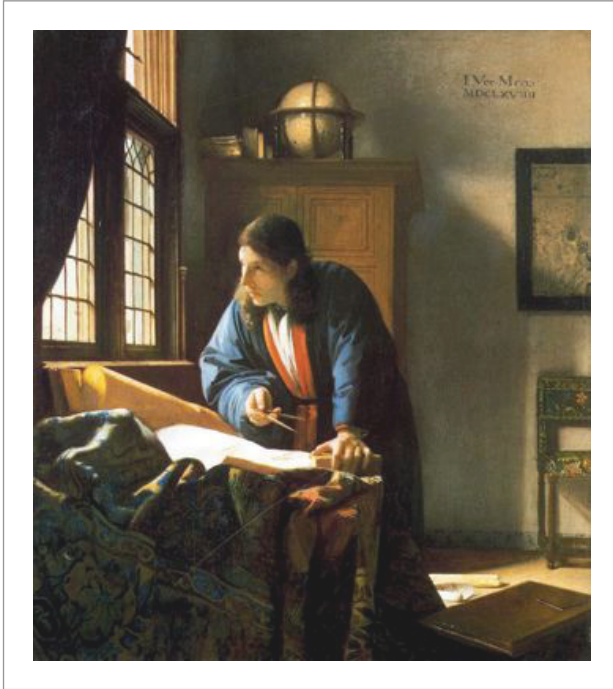
1. El no buscar esa singularidad, no por el prurito de ser originales, sino por auténtico afán de servicio, por amor...

2. Incapacita de raíz para cumplir la propia misión como persona, en los múltiples campos en que cada quien está llamado a hacerlo.

²⁰ KIERKEGAARD, Søren: *Diario*, XI A 387.

No esforzarse por ser uno mismo, con todas sus consecuencias,
incapacita para desempeñar la misión única
que a cada cual corresponde en la vida

C. En lo que atañe al conocimiento



1. Aunque no es el momento de desarrollarlo, conviene al menos señalar que el fin de todo conocer se encuentra constituido por la verdad, por la realidad tal como es, hasta el punto de que un conocimiento no verdadero no es un verdadero conocimiento: *no* es conocimiento, sin más.

Pero la búsqueda de la verdad, sobre todo de aquellas que afectan más directamente a la vida vivida —propia o ajena, individual o social— supone un esfuerzo de penetración e interiorización... y de compromiso estrictamente *personales*.

Conforme vamos madurando, no basta con repetir lo que se nos dice (aunque debamos estar “abiertos” a ello, sin prejuicios): ni en la familia, ni en los centros educativos de uno u otro nivel, ni en la pandilla de amigos, ni en los libros ni mucho menos, tal vez, en los medios de comunicación.

Si uno no se esfuerza por contrastar todo ello con el universo que lo circunda, si no se empeña en «mantener el oído atento al ser de las cosas», como sostenía Heráclito, en poner en juego sus más hondas capacidades cognoscitivas, jamás logrará descubrir lo que la realidad es, comportarse de acuerdo con las verdades así adquiridas, y ponerlas al servicio de los otros. En semejante quehacer somos insustituibles.

Lo sostiene Spaemann, como ya leímos:

No podemos separar claramente nuestra realidad, tal como nos la representamos, de la realidad que somos. Por eso es asimismo inútil querer distinguir una realidad en sí de nuestra interpretación de ella. Cualquier distinción de ese tipo que hagamos lleva a una nueva interpretación. La verdad es que las cosas suceden al revés: cuanto más pobres, impersonales y abstractos sean los esquemas de nuestra interpretación del mundo, tanto menos nos manifiestan lo que es. Un procedimiento psicológico neutral controlable intersubjetivamente, en el que se separan todos los factores subjetivos del director del ensayo, nos proporciona, sin duda, resultados exactos, pero declaran poco sobre lo que el hombre

es realmente. La personalidad de un hombre se revela, en toda su profundidad y riqueza, exclusivamente al que invierte algo de sí mismo en la experiencia. No la más impersonal, sino la más personal, es la percepción que más nos revela lo que la realidad es en sí. Uno de los prejuicios, todavía no superados, del pensamiento moderno es creer que algo es tanto más objetivo cuanto menos subjetivo es.²¹

**La búsqueda de la verdad supone un esfuerzo
de penetración, interiorización y compromiso
estrictamente *personales***

2. Ahora bien, nuestra sociedad, tan pretendidamente crítica, no parece favorecer esa labor de apropiación de la verdad, esa reflexión serena y reposada que —provisionalmente y no por desconfianza, sino por prudencia y auténtico anhelo de saber— pone entre paréntesis lo que ha oído o leído, con el único fin de recuperarlo como propio o rechazarlo por falso.

Muy al contrario, me atrevo a afirmar que, por diversos motivos, la civilización actual más bien dificulta esa tarea, también, y probablemente más y mejor, cuanto más parece realizar lo contrario.

Lo afirma rotundamente —las cursivas son suyas— Byung-Chul Han, subrayando las apariencias en contrario:

La hiperinformación y la hipercomunicación dan testimonio de la *falta de verdad*, e incluso de la *falta de ser*. Más información, más comunicación no elimina la fundamental imprecisión del todo. Más bien la agrava.²²

Y es que la homogeneización cognoscitiva a la que aludo se lleva a cabo en nuestros tiempos no solo en cuanto que el ritmo que a menudo imponen torna casi imposible el *pararse a pensar*: aquel reposo activo imprescindible para encontrar el sentido de lo que hacemos; sino, sobre todo, porque hoy se estigmatiza y silencia («no existen», se suele decir) a quienes no opinen como los otros, a quienes se sitúen al margen de lo «políticamente correcto».

Lo cual repercute tremendamente en cada uno de los miembros de nuestra sociedad. El propio Kierkegaard afirmaba que lo más difícil de soportar por un ser humano es la soledad, y que no existe soledad



21 SPAEMANN, Robert: *Personas*. Pamplona: EUNSA, 2000, pp. 99-100.

22 HAN, Byung-Chul: *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder, 2013, p. 23.

mayor y más dura que la de aislarse conscientemente del resto —de todo el mundo, si fuere necesario— para defender una verdad que los demás repudian.

2.1. Por eso hoy son pocos quienes tienen el suficiente valor para actuar contracorriente y mantener la verdad con riesgo incluso de la propia existencia: quienes despliegan la audacia de ser ellos mismos, de singularizarse en los dominios del conocimiento.

2.2. Y por idéntica razón resultan tan escasos los que realmente aportan a nuestro mundo unos criterios propios, que en efecto enriquezcan a quienes los rodean y, en fin de cuentas, ayuden a orientarse al conjunto de la humanidad.

Todo esto queda de manifiesto en unas palabras de Caldera que no me resisto a citar, también porque enlazan lo que acabo de sugerir con el núcleo del entero estudio —la persona y su insigne valía—, al tiempo que lo completan:

Aquí radica [...] la dignidad de la persona [...]. Abierto a la consideración de la verdad, conforme a la cual decide, su actuar trasciende las determinaciones de la materia: no se rige por determinismos [es libre]. Más aún, trasciende la sociedad, en el sentido de no tomar como regla última la presión del grupo o la convención social, sino la voz de la conciencia [es *más* libre]. Sócrates mostró en Atenas que el consenso de la multitud no podía decidir de la verdad del hombre. Al contrario, que esa verdad era una suerte de regla trascendente a la cual debía sujetarse toda decisión personal o de la ciudad. De ese modo, atestiguó con su muerte por la verdad de la conciencia *la irreducible grandeza del ser humano, ante la cual toda fuerza queda en definitiva impotente*.²³

Se trata de uno de los muchos posibles sentidos del conocido adagio: «la verdad os hará libres». En este caso, cuando una persona tiene como aspiración y guía el conocimiento de la verdad, de la realidad como es en sí, *se libera* de sus propios prejuicios, de las opiniones mayoritarias e infundadas, de la presión social, de lo políticamente correcto...



23 CALDERA, Rafael Tomás: *Una civilización del amor*. Caracas: El Centauro, 2004, pp. 53-4.

De ahí que Caldera añada, todavía con referencia a Sócrates:

Al propio tiempo, mostró los extremos a los que puede llegarse si no se reconoce una verdad de lo humano y de su bien, como ha venido ocurriendo en este siglo nuestro [el XX], siglo de totalitarismos y de irrespeto al valor de la vida. *Al margen de la verdad del bien, puede hacerse lo que se quiera con un ser humano.*²⁴

A lo que cabría agregar el juicio de Pasqua:

... el rechazo de la reflexión engendra la condición de masa y contribuye a la victoria del «se», «se dice que», «se piensa que»..., es decir, a la victoria de lo impersonal, de lo inauténtico. Pero el anonimato no hace la historia. La masa se eleva como una pompa de jabón y después explota en el vacío sin dejar rastro. El hombre real, sin embargo, se esfuerza por encontrar el sentido de las cosas a través del ejercicio de su inteligencia, facultad que aprehende el ser.²⁵

Con otras palabras, la exclusión de la posibilidad de conocer la verdad anula la libertad de las personas, las deja indefensas ante quienes detentan el poder de una manera que por fuerza resulta arbitraria, puesto que no tiene una referencia clara, un punto de sustentación, en el ser de cada realidad y en el comportamiento que ese ser reclama.

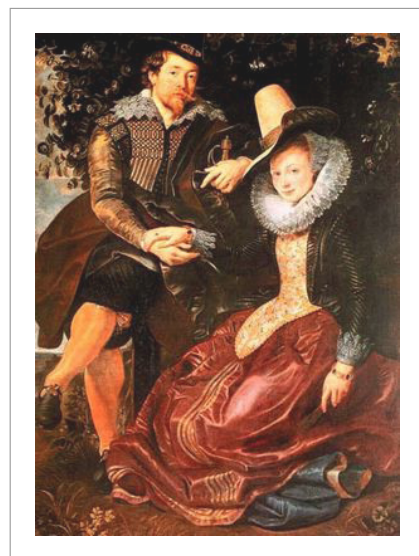
Pienso que, en lo que atañe a este epígrafe, la conclusión es patente:

El no singularizarse a la hora de
encontrar, comunicar y defender la verdad
constituye una vileza deshonesta... justo hacia los otros

D. En los dominios del amor

Tal vez en esta esfera resulte aún más claro que si no pongo ahínco en crecer y en ser a fondo el que soy, si me dejo llevar por el impulso gregario de asimilarme a los demás, de no distinguirme en lo que en mí existe de más hondo e inestimable, no dispondré de nada de valor —de nada, cabría decir, sin más añadidos— con lo que enriquecerlos. Todo lo que yo pudiera ofrecerles... ellos ya lo poseen.

Existe, por tanto, la estricta obligación de desplegar todas mis virtualidades, el conjunto de perfecciones que me caracterizan (es evidente que los defectos de más o menos calado deben



24 CALDERA, Rafael Tomás: *Una civilización del amor*. Caracas: El Centauro, 2004, p. 54.

25 PASQUA, Hervé: *Opinión y verdad*. Madrid: Rialp, 1991, p. 47.

considerarse más bien como lagunas o carencias, como no-ser, y que, en relación con ellos lo justo no es promoverlos, sino irlos haciendo desaparecer... ¡tras haberlos aceptado como son!).

1. La consecuencia no podría ser más neta entre los componentes de un matrimonio: tengo obligación, por amor al otro, de mantener e incrementar mi propia individualidad positiva, lo mismo que de fomentar la de mi cónyuge.

Esta vez es un sociólogo quien lo expone:

El enamoramiento tiende a la fusión de dos personas distintas, que conservan la propia libertad y la propia inconfundible especificidad. Queremos ser amados en cuanto seres únicos, extraordinarios e insustituibles. En el amor no debemos limitarnos, sino expandirnos, no debemos renunciar a nuestra esencia, sino realizarla; no debemos mutilar nuestras posibilidades, sino llevarlas a término. También la persona amada nos interesa porque es absolutamente distinta, incomparable. Y así debe permanecer, resplandeciente y soberanamente libre. Nosotros estamos fascinados por lo que ella es, por todo lo que ella nos revela de sí.²⁶

2. Pero la cuestión reviste una relevancia suma también cuando se atiende a otro punto, al que alude Kierkegaard hacia el final del texto que antes cité: el *compromiso*.

Se afirma a menudo que, hoy en día, bastantes personas han perdido la capacidad de comprometerse, con todas las consecuencias que eso lleva consigo. Y pienso que se trata de una opinión fundamentada, que responde a causas muy diversas. Pero ahora me gustaría esbozar tan solo hasta qué extremo semejante carencia enlaza estrechamente con el afán casi obsesivo — y perseguido con “buena conciencia” — de ser «como los demás».

He explicado más de una vez que el núcleo del amor estriba en confirmar en el ser a la persona amada, en decirle con la vida entera: «¡es maravilloso que *tú* existas!».

Y con frecuencia añado que semejante corroboración se continúa en otros dos momentos: la búsqueda de la plenitud de la persona querida y la entrega de uno mismo. Quien ama no solo anhela que el ser querido viva, sino también que alcance su perfección; y se pone sin reservas a su servicio para que crezca y mejore de continuo.

La inicial aprobación no basta: no hay verdadero amor si no se procura eficazmente la plenitud de la persona querida mediante la ofrenda del propio ser. Pero, según vengo insinuando, esa donación personal resulta imposible o inútil cuando triunfa el ideal igualitario del «como los otros»; se desvanece entonces la posibilidad de llegar a ser «uno mismo»: un sujeto dotado de caracteres exclusivos, y apto por eso para ofrecer a los demás algo efectivamente distinto de lo que ellos ya poseen.

26 ALBERONI, Francesco: *Te amo*. Barcelona: Gedisa, 1997, p. 152.

Y aquí es donde surge o se refuerza la incapacidad para el compromiso, que se presenta como absurdo. Pues si todos somos iguales, ¿qué es lo que podría aportar yo al enriquecimiento ajeno?; y, entonces, ¿para qué comprometerme, si lo que yo puedo dar también puede ofrecerlo, con idéntica eficacia, cualquier otra persona?

Sin singularidad, la entrega
— culminación del amor —
pierde todo su contenido y significado

Es decir, solo siendo a fondo yo mismo podré advertir la necesidad de contribuir con algo decisivamente real, y realmente valioso, a la convivencia humana: con algo que, aun cuando no gozara de mucho valor, ningún otro podría ofrecer en mi lugar.

No es difícil entrever, entonces, que la clave y razón de la singularidad es el amor. Tal como lo entiendo, somos irrepetibles —y cada uno ha de proseguir esa tarea de perfeccionamiento singularizador— para transformarnos en don, en dádiva: para amar y, al hacerlo, ennoblecer de veras a aquellos a quienes queremos.

De todo lo cual se infiere hasta qué punto la *singularidad* es intrínseca a la persona y reafirma e incluso constituye su dignidad o grandeza.



Calma.

Conocemos paso a paso. Normalmente no se comprende del todo lo que se lee por primera vez. Lo medio-entendido entonces prepara para estudiar lo que sigue (¡y ojalá que incite a hacerlo!), y el nuevo saber lleva casi sin quererlo a reconsiderar lo ya aprendido y a terminar de esclarecerlo. A menudo es preciso volver más de una vez sobre lo ya leído, hasta comprenderlo suficientemente, sabiendo que siempre podremos ahondar más y más. Pero el resultado final suele provocar una muy profunda satisfacción.

¡Paciencia y barajar! ¡No correr!

Ayuda para la reflexión personal

- ¿Estás de acuerdo con que es ilegítimo «definir al hombre como individuo de la especie *homo* (ni siquiera *homo sapiens*)»? Si tu respuesta es afirmativa, explica el porqué. ¿No es la inteligencia (*sapiens*) lo más propio de la naturaleza humana? ¿Entonces? Razona (¡*sapiens!*) tu contestación.

- ¿Consideras haber entendido lo que pretendo expresar al decir que no existe especie humana? ¿Estás de acuerdo? Sobre la teoría de la evolución hablaremos en la asignatura de *Sexualidad*, pero, al hilo de lo expuesto en estas páginas, conviene reflexionar sobre alguno de sus puntos: ¿piensas que el origen de la *persona* queda suficientemente explicado en esa teoría?

Responde y razona tu respuesta sin miedo a equivocarte o a lanzar opiniones *extravagantes*, porque es algo que irá quedando más claro conforme avancemos en la exposición.

- Con lo estudiado hasta el momento, ¿serías capaz de explicar el papel de la educación en la singularización de la persona?

- Según Kierkegaard, «el destino de los hombres no es ser “como los otros”, sino tener cada uno su propia particularidad». ¿Podrías explicar con tus propias palabras qué sentido tiene en esta frase el término «destino» y en qué difiere de su sentido más usual? ¿Por qué habla Kierkegaard de «destino», en lugar de sostener, sin más, que cada hombre tiene por naturaleza su propia particularidad?

- Pareyson afirma que «en el hombre, por decirlo de algún modo, todo individuo es único en su especie». Pero, según los teólogos cristianos, ¿no es el ángel el verdaderamente único en su especie? Por favor, matiza cuanto te sea posible la afirmación de Pareyson, de modo que queden claras las diferencias entre el hombre y lo que también los filósofos que razonaban al margen de la fe llamaban «sustancias separadas».

- En muchos de los debates televisivos, se busca por encima de todo la controversia. En este sentido, se trata de marcar distancias insondables, de adoptar posturas radicalmente contrarias a las del *oponente* (lo que, en tiempos menos combativos, se llamaba *contertulio*). ¿Piensas que es una buena manera de singularizarse en los dominios del conocimiento? ¿Por qué?

Como no se trata de una respuesta simple, procura ir al fondo de la cuestión, sin preocuparte si adviertes que, igual que a mí y como a todos —que yo sepa—, nos queda mucho por aprender.

- Del compromiso hablaremos despacio en el capítulo siguiente. Sin embargo, conviene ir planteándose algunas cuestiones que nos ayudarán a enlazar los distintos temas. Hay muchas personas que rechazan el compromiso, especialmente el matrimonial, por considerar que llevaría consigo una disminución de la libertad propia y, por tanto, de dignidad-singularidad. A estas alturas de tu lectura, ¿qué les dirías?

Nueva ayuda para la reflexión personal

- Una vez más, algunos textos para la reflexión:

«Las personas no tienen el ser personal en común como los hombres tienen el ser hombres. “Persona” no es un rasgo de la esencia, sino que designa a un *individuum vagum*, es decir, la respectiva singularidad de una vida individual. “Persona” es, como “ser”, un concepto análogo. Las personas se llaman “personas” como los miembros de la familia llevan los mismos apellidos. Para cada uno de ellos el mismo apellido significa algo distinto: para el padre, la madre, la hija, el hijo, el hermano. No quedan incluidos en el mismo nombre como en un concepto general, que es indiferente a las diferencias de los sujetos que engloba. El apellido, siendo el mismo, asigna a cada uno de los que lo lleva un lugar determinado dentro de la estructura familiar. Por eso cada persona tiene para siempre su propio lugar, definido por ella, en la comunidad de personas. Solo hay personas juntamente con su lugar, y el lugar lo hay por ellas. No se trata, pues, de un espacio vacío —newtoniano— cuyos lugares son indiferentes al objeto que los ocupa. En el espacio al que nos referimos no hay espacios vacíos, y por tanto no hay “personas posibles”. Las personas no pertenecen a un ámbito de “esencias” que pueden existir o no existir. No hay “idea” de persona. Solo hay personas reales. El hombre con el que yo estaba en sueños sigue siendo tras el sueño lo que era, a saber, un hombre. Pero, tal como se manifestaba, no era una persona» (SPAEMANN, Robert: *Personas*. Pamplona: EUNSA, 2000, p. 82).

- Y este otro, que matiza afirmaciones sostenidas en el texto:

«La vida personal conscientemente vivida es el paradigma de vida. Solo podemos entender lo que es la vida no personal por analogía con la vida personal, es decir, por substracción.

También de los seres no personales se puede decir que no son simples casos de un concepto. Tampoco ellos son “meros casos de...”. En los seres vivos el estatuto de caso es reemplazado por la relación de ascendencia, dentro de la cual ocupan un lugar determinado. El estatuto de caso, de ser “mero caso de...”, solo conviene, en sentido estricto, a las cosas inanimadas» (SPAEMANN, Robert: *Personas*. Pamplona: EUNSA, 2000, pp. 82-83).

- En un contexto muy distinto, pero también pertinente para lo que acabamos de estudiar:

«En mi experiencia como profesor he aprendido que cuando compartimos conocimiento, expandimos conocimiento. No se trata solo de que lo que nosotros sabíamos ahora lo sepan doscientas o trescientas personas más, ocurren muchas más cosas. El alumno con el que comparto mi conocimiento está escuchando y procesando ese conocimiento desde la perspectiva de una serie de creencias y experiencias distintas hasta cierto punto de las mías. La interacción entre ese conocimiento recién compartido y el conocimiento previo de estas treinta o trescientas personas crea un discernimiento que genera conocimiento nuevo, distinto del que yo he comunicado, un conocimiento que ni siquiera yo poseía. Esa es una de las razones de por qué en una buena clase el profesor puede aprender de sus alumnos tanto como estos aprenden de él» (MORRIS, Tom: *Si Aristóteles dirigiera la General Motors*. Barcelona, Planeta, 2005, pp. 54-55).

- Y en el tercer ámbito que hemos considerado:

«El amor es el único camino para arribar a lo más profundo de la personalidad de un hombre. Nadie es conocedor de la esencia de otro ser humano si no lo ama. Por el acto espiritual del amor se es capaz de contemplar los rasgos y trazos esenciales de la persona amada; hasta contemplar también lo que aún es potencialidad, lo que aún está por desvelarse y por mostrarse. Todavía hay más: mediante el amor, la persona que ama posibilita al amado la actualización de sus potencialidades ocultas. El que ama ve más allá y urge al otro a consumir sus inadvertidas capacidades personales» (FRANKL, Viktor: *El hombre en busca de sentido*. Barcelona, Herder, 2004, p. 134).

III. Atentados contra la singularidad de la persona



Tal vez en otras circunstancias lo que me apresto a comentar estaría un tanto de sobra, a tenor de las dimensiones del presente escrito. Sin embargo, la civilización actual inclina de tal modo hacia la homogenización despersonalizante, y semejante masificación es tan contraria a la excelencia y el desarrollo de la persona, la sitúa tan cerca del obrar éticamente inadecuado, que si omitiera una mínima referencia a los atentados actuales más comunes contra la singularidad —destacados, además, en un capítulo expresamente dedicado a ello— merecería que se me calificara de *irresponsable*: de no “responder” vital y profesionalmente a las circunstancias en las que vivo. Y ese es un “lujo” que ningún filósofo debería permitirse.

1. La reducción de la persona a simple función

Como norma general, cabe sostener que uno de los modos hoy más frecuentes de lesionar la singularidad de la persona consiste en considerarla y tratarla como simple función.

O, con palabras relativamente análogas, en no apreciarla por lo que es, sino solo por su utilidad: por la capacidad de desempeñar ciertas tareas o generar determinados beneficios, del tipo que fueren.

Que es a lo que nos referimos de ordinario cuando hablamos de utilización o instrumentalización de las personas.

No obstante, situaciones de este tipo se repiten con frecuencia ante nuestra vista, y tantas veces ni siquiera las vislumbramos.

Se lesiona la singularidad de la persona
al considerarla y tratarla como simple función

Por eso, con plena conciencia de acercarme un tanto a la caricatura, y sin ninguna pretensión de agotar el tema, sino refiriéndome tan solo a dos de los ámbitos más significativos —la educación y el trabajo—, y en los que menos se esperaría esta deshumanización o des-personalización, me atrevo a preguntar:

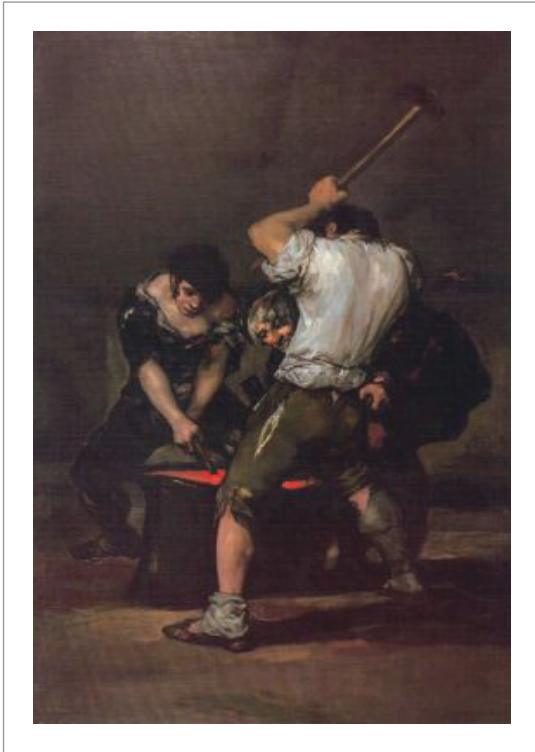
1. En el modo como de hecho se concibe y vive hoy la educación, y en las instituciones y procedimientos en que esa concepción fragua, ¿se persigue de veras el desarrollo de la persona, de alguien cuya riqueza deriva de la grandeza originada por su carácter único e irrepetible? Al término del proceso educativo, ¿nos encontramos con un sujeto más singular, que ha desplegado en la dirección y sentido correctos el entero conjunto de virtualidades incluidas en su ser desde el momento mismo en que fue engendrado? ¿Estamos ante alguien consciente de su nobleza casi infinita y del papel irrepetible y fascinante que, justo en virtud de su desarrollo particular como persona, le corresponde desempeñar entre los demás hombres?



¿O nos topamos más bien con el experto, aunque sea en humanidades, definido exhaustivamente por la *tarea* que va a ejercer en el futuro y formado *casi* tan solo para poder realizarla igual o mejor *que los demás*?

1.1. Mucho me temo que esto último resulte demasiado frecuente. Que, en lugar de abrir al niño y al joven —de la manera que a cada cual le es propia— a la verdad, a la bondad y a la belleza, durante diez, quince o veinte años hayamos contribuido a agostarlo como *persona*; a sacar a la luz tan solo al especialista, sustituyendo la riqueza virtualmente ilimitada de su singularidad personal por la estrecha capacidad de ejercer una mera *función*; que el resultado de nuestra labor educativa sea un simple *faber* o *laborans*, un trabajador, sin alma ni peso específico individuales: casi, casi, sin humanidad.

1.2. Y es que a menudo, de manera inconsciente, andamos tras la pieza que encaje con menos fricciones en el interior de un sistema laboral y económico, capaz de asegurar al conjunto el máximo de comodidades, de un bienestar a veces infrahumano, que se tiene como fin a sí mismo.



2. Pero lo peor llega —¡si llega!— cuando el ejercicio de la profesión consolida la labor despersonalizadora a que acabo de aludir; cuando el joven pasa a formar parte del engranaje de una maquinaria supeditada, no al crecimiento personal de cada ser humano a través de su profesión, sino simple y llanamente a la economía: a una economía cuyo gran ausente es justo la persona. Veamos si ocurre así.

2.1. Un sistema de producción donde los valores personales fueran prioritarios desembocaría en la creación de bienes auténticos, capaces de colmar una necesidad real o incrementar la categoría personal y única de quienes los disfrutaban.

Mas en buena medida el economismo occidental contemporáneo —a través de mecanismos que incitan precisamente a ser o tener lo mismo que los demás o, de lo contrario, a sentirse frustrados— se fundamenta en la homogénea creación de necesidades superfluas, casi siempre materiales, que convierten a los individuos en meros consumidores e inducen a realizar un trabajo sin sentido, que no arroja como saldo más beneficio que el financiero.

2.2. Y de esta suerte el círculo se cierra. Porque un trabajo cuya única justificación sean las ganancias, y no un bien real que perfeccione a sus destinatarios, es, en fin de cuentas, un trabajo *sin justificar*, incapaz de engrandecer la fibra personal de quien lo lleva a término.

Una labor de este tipo, en lugar de contribuir al desarrollo personal y a la singularidad del trabajador, lo subordina a un impersonal imperio del dinero, en el que también quedan subsumidos quienes consumen los productos de semejantes tareas. Como consecuencia, la persona propiamente individual se esfuma, sumergida sin reservas en una realidad uniforme e infrahumana: en el monstruo anónimo de un mercantilismo desquiciado, para el que todo —sí: ¡todo!— es instrumento (no olvidemos que el dinero es el instrumento de los instrumentos).

2. El totalitarismo de «la moda»

Se trata de una cuestión tan obvia —o, al menos, me lo parece— que voy a limitarme a hacer una observación y poner un ejemplo.

1. En primer lugar, con fuerza inusitada en el mundo de hoy, la moda no se limita a determinar los hábitos exteriores —el modo de vestir, de peinarse, los lugares de recreo, los féreos e inalterables itinerarios de «la movida» o «el botellón» (tal como se denomina en España a las salidas nocturnas masivas de fin de semana)... —, sino que influye poderosamente en lo que más caracteriza a la persona: la manera de *pensar* o de no hacerlo, el modo como concibe y vive o no vive el *amor*... y, en fin de cuentas, por la universalidad de su influjo, hasta la misma *identidad* personal.



Como simple ilustración, valgan estas palabras de un pensador italiano:

No se puede dejar de ser, en cierto modo, filósofos: hay que escoger, más bien, entre serlo dejándose dominar por las “filosofías” implícitas en los mensajes de los *mass-media* y en las modas culturales de la sociedad en que vivimos, o bien elaborando una propia y responsable visión de la realidad.²⁷

Y, de manera acaso más drástica, escribe E. L. Dale:

Cuando la mente de los jóvenes no está influida o solicitada por los padres y por los docentes, los jóvenes se dirigen a un mundo que sí los solicita, que es el comercial. Las vivencias se canalizan comercialmente, la expresión de la personalidad se da a través de artículos comprados, música, películas, moda y cosméticos, y estos mecanismos de mercado dan un sentimiento de identidad. El joven aprende a ver la identidad como una identidad de consumo: por ejemplo, se ve a sí mismo como una persona que compra música de cierto

27 SAVAGNONE, Giuseppe: *Theoria. Alla ricerca della filosofia*. Brescia: La Scuola, 1991, p. 38.

artista, luce las pulseras o collares que ahora se llevan, exhibe las «marcas» que en cada época se imponen...²⁸

2. Después, en correspondencia con lo anterior, transcribo algunos párrafos de un artículo sin desperdicio, que leí en una revista mexicana hace ya algún tiempo, pero cuyas ideas de fondo me parece que conservan toda su validez.

Escribe María del Carmen Cárdenas:



Ahora tenemos en todos los estratos sociales el gravísimo problema de jóvenes anoréxico-bulímicos. Incluso hay muertes por estas enfermedades y, por desgracia, la sociedad, padres de familia y maestros no estamos lo suficientemente informados sobre el tema.

¿Nos hemos preguntado quién o qué está detrás de esas figuras “perfectas”? ¿Hemos observado bien a las modelos de los grandes diseñadores? ¿Quiénes son estas personas, mujeres diseñando para mujeres u hombres vistiendo mujeres?

Las modelos, a fuerza de ejercicio y control estricto de alimentación, han perdido los “encantos” característicos del “bello sexo”. Hoy día, ser aceptada socialmente y cumplir los cánones del éxito implica someterse a la imagen anoréxico-bulímica, en vez de dejar que la naturaleza muestre el esplendor y diversidad de la belleza de cada mujer.

Si Dios nos hizo únicos e irremplazables, y en ello radica la dignidad del ser humano, ¿por qué renunciar a la divina creatividad tratando de hacernos todos iguales?²⁹

Cualquier comentario estaría de más. La cadena de evocaciones surge por sí sola.

Si Dios nos creó únicos e irremplazables,
¿por qué renunciar a la divina creatividad...
tratando de hacernos todos iguales?

28 Cit. por ENKVIST, Inger: *La educación en peligro*. Madrid: Grupo Unisón ediciones, 2000, p. 68.

29 CÁRDENAS MARTÍN DEL CAMPO, María del Carmen: en *Istmo*, enero-febrero de 2003, p. 4.

3. La competitividad extrema



Si no me equivoco, es solo la punta del iceberg de algo que ha adquirido proporciones inadmisibles en los últimos tiempos: medir la propia valía en función de los demás, comparándonos con ellos.

¿Resulta en realidad tan grave? Estimo que sí, e intentaré apuntar los motivos.

Si en páginas anteriores he fundamentado la dignidad de la persona

en la eminencia de su ser, que le permite reposar en sí, sin depender del resto, ¿no lesionamos esa grandeza en la medida en que nuestra valía resulte definida por lo que son o hacen los demás?

Y esto sucede de dos modos, aparentemente contrapuestos, pero que responden, en fin de cuentas, a una exigencia única:

1. Al primero me he referido abundantemente en el apartado anterior. Se trata de la tendencia a no distinguirse, a equipararse a los otros. Inclinación perfectamente tolerable si se mantiene dentro de ciertos límites, pero en extremo dañina cuando se desorbita.

Según expone Kierkegaard, resaltando él mismo las palabras en cursiva:

Vivir comparativamente es la ley para la existencia del “número”. Por ahí se ve también que el número es el principio sofístico [engañoso], algo que inunda y que, visto de cerca, se disuelve en nada. No pasarlo menos bien que los otros: es la fórmula para ser felices. Si esta existencia de todos no es más que miseria o si es realmente una existencia preciosa, es un problema que no interesa nada al número: ¡basta vivir “como los otros”!³⁰

2. El segundo es el objeto de este breve párrafo. El intento de ser mejor que *los demás* y de serlo absolutamente, en todos los ámbitos, resulta al menos tan peligroso como el de asimilarse por completo *a ellos...* o distinguirse *de ellos*.

En ninguno de los casos demuestro la categoría necesaria para descansar en mí —uno de los rasgos con los que iniciábamos nuestra comprensión de la digni-

30 KIERKEGAARD, Søren: *Diario XI*² A 88.

dad —, sino que me subordinó a los otros, aunque fuere para superarlos o marcar las diferencias con respecto a ellos.

Está bastante comprobado que las dos manifestaciones de este mismo estímulo son fuente generalizada de malestar, frustraciones, infelicidad, e incluso desesperaciones con consecuencias trágicas.

Y no es difícil de comprender. Un atentado tan directo contra el núcleo mismo de nuestra condición personal, que no es otro que la autonomía rectamente entendida, ¿no tendrá efectos devastadores también en el plano psíquico?

La clave de todo el asunto podrían darla estas palabras de Kierkegaard:

¿En qué radica la pequeñez? En la relación a “los demás”. Y ¿en qué consiste la preocupación de la pequeñez? En existir exclusivamente para los demás, en no saber nada fuera de la relación a los demás.³¹

Alejandro Llano lo expresa de forma más coloquial y concreta:

Lo que desata las tensiones en la sociedad actual es el planteamiento comparativo de los valores. No se trata de ser competente, sino de ser competitivo. No basta con ser rico: tengo que serlo más que mi cuñado. Lo importante no es escribir un buen libro, lo importante es que se venda más que el anterior. Tengo prestigio, sí, pero todavía no el suficiente. Mi carrera profesional es bastante brillante, pero aún me falta mucho para llegar a la cima.

Hay pocas maneras más eficaces de amargarse la vida que la de adoptar como lema el *más alto, más rápido, más fuerte*.³²



A lo mismo apunta la cita que sigue, también de un autor contemporáneo:

En nuestra vida social sufrimos frecuentemente la tensión constante de responder a lo que los demás esperan de nosotros (o a lo que nos imaginamos que esperan de nosotros), lo cual puede acabar resultando agotador. [...] nunca hemos estado más culpabilizados que hoy en día: todas las jovencitas se sienten más o menos culpables de no ser tan atractivas como la última “top-model” del momento, y los hombres de no tener tanto éxito como el dueño de Microsoft...

Y añado, elevándolo a un plano sobrenatural fácilmente traducible también en términos humanos:

31 KIERKEGAARD, Søren: *Los lirios del campo y las aves del cielo*. Madrid: Guadarrama, 1963, p. 152.

32 LLANO, Alejandro: *La vida lograda*. Barcelona: Ariel, 2002, p. 86.

Bajo la mirada de Dios [o de una persona que verdaderamente nos ame, como nuestro marido o mujer] nos sentimos liberados del apremio de ser “los mejores”, los perpetuos “ganadores”; y podemos vivir con el ánimo tranquilo, sin hacer continuos esfuerzos por mostrarnos como en nuestro mejor día, ni gastar increíbles energías en aparentar lo que no somos; podemos *sencillamente* ser como somos. No existe mejor técnica de relajación que esta: apoyarnos como niños pequeños en la ternura de un Padre que nos quiere como somos.³³

Lo cual nos permite fácilmente proseguir con las consideraciones positivas.

En nuestra vida social sufrimos constantemente la tensión de responder a lo que los demás esperan de nosotros



Tranquilidad.

El conocimiento humano es progresivo. Resulta casi imposible comprender a fondo lo que se estudia por primera vez. Lo medio-entendido entonces prepara para adentrarse en lo que sigue, y el nuevo conocimiento aclara —o ayuda a aclarar— lo ya aprendido. A menudo es preciso leer más de una vez lo mismo, tomar notas y volver sobre ellas, hacer esquemas y resúmenes, pensar de nuevo el texto original, “dialogar” con él...

Pero el resultado suele provocar una satisfacción *muy satisfactoria*.

Ánimo.

33 PHILIPPE, Jacques: *La libertad interior*. Madrid: Rialp, 3ª ed., 2004, pp. 40-41.

Ayuda para la reflexión personal

- ¿Has entendido suficientemente por qué sostengo que la moda es un totalitarismo? ¿Estás de acuerdo con la utilización del término «totalitarismo» para referirse a ella? Si es así, expón otras formas de dominio totalitario e intenta descubrir lo que la moda tiene en común con ellos.

- La competitividad extrema supone un atentado a la singularidad de la persona. Pero, ¿qué sucede con la competitividad moderada, que también cabría calificar como *emulación*? ¿Piensas que es igualmente dañina o, por el contrario, puede resultar conveniente para el desarrollo personal? Razona tu respuesta y establece, si lo ves necesario, las distinciones y condiciones que inclinarían la balanza en un sentido o su opuesto.

- Aunque probablemente hablemos de ello más tarde, a tu entender, ¿cuál es el único modelo con el que a cualquier persona le es lícito compararse? (aclaro, para quien le sirva y lo necesite, que estoy refiriéndome al ámbito natural).

- Uno de los modos actuales más frecuentes de lesionar la singularidad de la persona consiste en considerarla y tratarla como simple función.

Te invito a que reflexiones unos minutos sobre un caso muy concreto. En las cadenas de producción —presentes todavía en bastantes lugares del mundo actual—, a cada trabajador se le asigna una tarea determinada y muy circunscrita en el conjunto del proceso, que ha de repetir una y otra vez a lo largo de su entera jornada laboral. Los trabajadores van rotando y cambiando de puesto cada cierto tiempo, siendo sustituidos unos por otros, sin que esto suponga alteración del proceso productivo.

¿Supone este trabajo en sí mismo una instrumentalización de la persona o semejante modo de actuar depende también de otros factores? Razona tu respuesta y establece las distinciones que estimes imprescindibles.

- ¿Puede la especialización, bien entendida y vivida, contribuir al crecimiento personal o, por el contrario, lleva siempre consigo una paulatina despersonalización? Justifica tu respuesta, sea cual fuere.

En el caso de que estimes que no siempre la especialización despersonaliza, ¿cuál sería el antídoto necesario para evitar ese efecto devastador?

- ¿Has entendido suficientemente qué tienen en común la moda y la competitividad extrema? ¿Podrías explicarlo con tus propias palabras... y añadir otros ejemplos o casos no considerados en el texto?

- Habitualmente entendemos la subordinación como un *estar a las órdenes de o sometido a*. ¿Crees acertado hablar de subordinación en el caso de la competitividad extrema? ¿Por qué? ¿A quién, quiénes o qué se subordinarían los «competitivos por excelencia»?

Nueva ayuda para la reflexión personal

- El primer texto es de un Catedrático de Pedagogía, especialista en educación:

«Resulta comprensible que se busque una cierta uniformidad en el quehacer educativo, sobre todo en lo que se refiere a sus resultados, y máximamente cuando se adopta un modelo humano ideal como concreción de la finalidad pedagógica y guía para la acción formativa. Entonces la pretensión educativa se cifra en el ajuste de las individuales a dicho patrón o modelo; este puede ser excelente... pero no amoldarse al desarrollo concreto de las personalidades singulares de los aprendices. Sobreviene así, la desesperanza por la escasez y debilidad de los resultados, y con ella se genera la desconfianza en el educador, que afecta peyorativamente a la confianza que se pretende suscitar en el educando tanto en el alumno como en el hijo. Y se va conformando de esta manera una actitud de recelo y retraimiento en el trato humano, que acaba refrenando, e incluso sofocando, la tendencia natural a la sociabilidad» (ALTAREJOS, Francisco: «Cambios y expectativas en la familia»; en BERNAL, Aurora (ed.): *La familia como ámbito educativo*. Madrid: Rialp, 2005, p. 51).

- El segundo, más *dramático*, pero certero y significativo, si no me equivoco, es de Alexis de Tocqueville:

«Si imagino con qué nuevos rasgos podría el despotismo implantarse en el mundo, veo una inmensa multitud de hombres parecidos sin privilegios que los distinguan incesantemente girando en busca de pequeños y vulgares placeres, con los que contestan su alma, pero sin moverse de su sitio. Cada uno de ellos, apartado de los demás es ajeno al destino de los otros; sus hijos y sus amigos acaban para él con toda la especie humana; por lo que respecta a sus conciudadanos, están a su lado y no los ve; los toca y no los siente; no existen más que como él mismo y para él mismo [...]

Bien veo que de esta manera se conserva la intervención individual en los asuntos más importantes, pero se anula en los pequeños en los particulares. Se olvida que es sobre todo en los detalles donde resulta más peligroso someter a los hombres. Por mi parte me inclino a creer que la libertad se necesita menos en las cosas grandes que en las pequeñas, si es que puede darse una sin la otra [...]

De nada serviría encargar a estos mismos ciudadanos tan dependientes del poder central que eligieran de vez en cuando a sus representantes; este uso tan total, pero tan corto y tan raro, de su libre albedrío no impediría la pérdida progresiva de la facultad de pensar, sentir y obrar por sí mismos ni su caída gradual por debajo del nivel de la humanidad

Por encima se alza un poder inmenso y tutelar que se encarga exclusivamente de que sean felices y de velar por su suerte, Es absoluto, minucioso, regular, previsor y benigno. Se asemejaría a la autoridad paterna si, como ella, tuviera por objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero, por el contrario, no persigue más objeto que fijarlos irrevocablemente en la infancia; este poder quiere que los ciudadanos gocen, con tal de que no piensen sino en gozar. Se esfuerza con gusto en hacerlos felices, pero en esa tarea quiere ser el único agente y el juez exclusivo; provee medios a su seguridad, atiende y resuelve sus necesidades, pone al alcance sus placeres, conduce sus asuntos principales, dirige su industria, regula sus tras, pasos, divide sus herencias; ¿no podría librarles por entero a la molestia de pensar y el derecho de pensar y el trabajo de vivir?

De este modo cada día se hace menos útil y más raro el uso del libre albedrío; el poder circunscribe así la acción de la voluntad a un espacio cada vez menor, y arrebatada poco a poco a cada ciudadano su propio uso. La igualdad ha preparado a los hombres para todas estas cosas: para sufrirlas y con frecuencia hasta para mirarlas como un beneficio.

Siempre he creído que esta clase de servidumbre, reglamentada benigna y apacible, cuyo cuadro acabo de ofrecer, podría combinarse mejor de lo que se piensa comúnmente con algunas de las formas exteriores de la libertad, y que no le sería imposible establecerse junto a la misma soberanía del pueblo». (ALEXIS DE TOCQUEVILLE: *La democracia en América*. Cuarta parte, cc. VI y VII. Madrid: Alianza Editorial, 1984, 266-269).

- Más mordaces y corrosivas, pero no carentes de toda razón, son estas palabras de Nietzsche, similares a otras del mismo autor, ya citadas:

«La degeneración global del hombre, hasta rebajarse a aquello que hoy les parece a los cretinos y majaderos socialistas su “hombre del futuro” —¡su ideal!—, esa degeneración y empequeñecimiento del hombre en completo animal de rebaño (o, como ellos dicen, en hombre de la “sociedad libre”), esa animalización del hombre hasta convertirse en animal enano dotado de igualdad de derechos y exigencias, eso es posible, ¡no hay duda! Quien ha pensado alguna vez hasta el final esa posibilidad, conoce una náusea más que los otros hombres... ¡y tal vez también una nueva tarea!» (NIETZSCHE, Friedrich: *Más allá del bien y del mal*, cit. af. 203)

- Y concluyo con unos párrafos de Agustín de Hipona, cuya notable actualidad me sorprendió cuando los descubrí:

«Con tal de que se mantenga en pie —dicen ellos—, con tal de que esté floreciente e hinchada por sus riquezas, gloriosa por sus victorias, o —lo que es más acertado— en una paz estable, ¿qué importa lo demás? Esto es lo que más nos importa: que todos aumenten sus riquezas y se dé abasto a los diarios despilfarros, con los que el más poderoso pueda tener sujeto al más débil; que los pobres, buscando llenar su vientre, estén pendientes de complacer a los ricos, y que bajo su protección disfruten de una pacífica ociosidad; que los ricos abusen de los pobres, engrosando con ellos sus clientelas al servicio de su propio fasto; que los pueblos prodiguen sus aplausos no a los defensores de sus intereses, sino a los que generosamente dan pábulo a sus vicios. Que no se les den mandatos difíciles, ni se les prohíban las impurezas; que los reyes no se preocupen de la virtud, sino de la sujeción de sus súbditos; que las provincias no rindan vasallaje a sus gobernadores como a moderadores de la conducta, sino como a dueños de sus bienes y proveedores de sus placeres; que los honores no sean sinceros, sino llenos de miedo entre dobleces y servilismo; que las leyes pongan en guardia más bien para no causar daño a la vida ajena que a la vida propia; que nadie sea llevado a los tribunales más que cuando cause molestias o daños a la hacienda ajena, a su casa, a su salud o a su vida contra su voluntad; por lo demás, que cada cual haga lo que le plazca de los suyos, o con quien se prestare a ello; que haya prostitutas públicas en abundancia, bien sea para todos los que lo deseen, o, sobre todo, para aquellos que no pueden mantener una privada. Que se construyan enormes y suntuosos palacios; que abunden los opíparos banquetes; que, donde a uno le dé la gana, pueda de día y de noche jugar, beber, vomitar, dar rienda suelta a sus vicios; que haya estrépito de bailes por doquier; que los teatros estallen de gritos y carcajadas deshonestas, y con todo género de crueldades y de pasiones impuras. Sea tenido como enemigo público la persona que sienta disgusto ante tal felicidad. Y si uno intenta alterarla o suprimirla, que la multitud, dueña de su libertad, lo encierre donde no lo pueda oír; lo echen, lo quiten del mundo de los vivos». (AGUSTÍN DE HIPONA: *De Civitate Dei*, II, 20).



IV. El incomparable

1. Descubrir y fomentar la singularidad

Sostenía antes que la singularidad de la persona encuentra su razón última de ser en la entrega; que hemos sido creados irrepetibles y debemos cultivar e incrementar esa individualidad, en ultimísima instancia, *con el único fin* de ofrecer a quienes amamos algo *que ningún otro podría dar* en lugar nuestro.

Añado ahora que el amor es también el que permite descubrir y fomentar la singularidad de quienes nos circundan y confirmar de esta suerte su condición personal.

Descubrir

Descubrir, porque, como es sabido y más tarde recordaré, el amor, más que ciego, resulta clarividente: nos torna capaces de ver la maravilla que cualquier persona encierra en lo más hondo de su ser; y, advirtiendo la riqueza inigualable de aquellos a quienes queremos —pienso, por ejemplo, en nuestros hijos, pero también en nuestro cónyuge, amigos, etc.—, nos sitúa asimismo en condiciones de valorar hasta el fondo su radical singularidad, sin la que esa grandeza nunca podría consolidarse ni, mucho menos, crecer.

Al respecto, existe un sencillo verso de Pablo Neruda que justifica por sí solo la entusiasta acogida que tuvieron en su momento sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*:



A nadie te pareces desde que yo te amo.³⁴

«Desde que yo te amo»: el amor, que hace surgir en toda su pujanza el ser del amado, tornándolo realmente real para quien lo quiere, dibuja también, y por lo mismo, los perfiles consistentes de su singularidad inconfundible. Pronuncia, indisolublemente, el sí y el tú. Sin amor no hay individualidad, ni personalidad, ni ser. Ni familias compuestas por individualidades irrepetibles.

Introducido ya en los dominios de la poesía, me animo a citar y comentar brevemente estos otros versos, ahora de Pedro Salinas:

Cuando tú me elegiste / el amor eligió / salí del gran anónimo / de todos, de la nada.³⁵

Del *anónimo de la nada* nos sacó Dios, sin nuestra colaboración, creándonos y conservándonos en el ser. Del *anónimo de todos* tenemos que sacarnos nosotros mismos, con ayuda y con esfuerzo, como respuesta al amor, siempre personalizante y singularizador, de aquellos que nos quieren.

El amor, que hace surgir en toda su pujanza el ser del amado,
dibuja también los perfiles consistentes
de su singularidad inconfundible

Fomentar

Y *fomentar*. Cuando el amor hacia el ser querido aumenta y se purifica hasta derrotar y superar al que tendemos a tenernos a nosotros mismos, engendra no solo la aptitud de percibir, sino también la de valorar y fomentar —la de apreciar y alentar— la irrepetibilidad de los otros (sigo pensando sobre todo, pero no exclusivamente, en los hijos... ¡y en el cónyuge!).

O, lo que viene a ser análogo, pero en su versión más práctica, de vencer la tendencia a desearlos y construirlos a *nuestra* imagen y semejanza... que es un modo muy natural de querernos en y a través de ellos, convirtiéndolos —como escribió Delibes— en un «apéndice de nuestro egoísmo», en una prótesis de nuestro yo.

Entonces somos ya capaces de soportar que sean lo que están llamados a ser, y no un remedo de nuestras cualidades o de nuestros anhelos y nostalgias insatisfechas, a pesar del desgarramiento íntimo que pudiera suponer en ocasiones la separación —no solo ni tanto física, sino estrictamente personal— que implica inevitablemente *la diferencia*: los proyectos que se vienen abajo, las ilusiones que cambian de rostro, los criterios de siempre que son reemplazados por inéditas

34 NERUDA, Pablo: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Madrid: Alianza Editorial, 1991, p. 81.

35 SALINAS, Pedro: *La voz a ti debida*. Madrid: Clásicos Castalia, 2ª ed., 1974, p. 114.

convicciones personales, el que acaben por ser más «de otro o de otra» y de su nueva familia que nuestros...

Y, aumentando los quilates de nuestro cariño, ya sin apenas esfuerzo, buscamos y promovemos esa irrepetibilidad, que el entendimiento agudizado por el amor valora ahora de forma habitual y serena. Entonces, siguiendo con el ejemplo, por más que se aleje del que nosotros habíamos planeado para nuestros hijos, nos gozamos en que cada uno tenga *su* camino, les ayudamos a descubrirlo y ponemos cuanto está de nuestra parte para que lo sigan, sin inventarnos absurdas injusticias ni creamos falsos cargos de conciencia por negar a uno lo que hemos facilitado al otro... o viceversa, atendiendo precisamente a la singularidad de cada uno.

Con otras palabras: vivimos y fomentamos su unicidad

Pues ya decía Aristóteles que tan injusto resulta discriminar a los iguales que comportarse del mismo modo con quienes son distintos.

Y cada persona lo es de una manera sublime.

El ejemplo de las madres

¿Descubro con todo esto algo desconocido? Por fortuna, no. Las madres, también las que no han leído ni a Unamuno ni a Kierkegaard ni a Aristóteles, ni tan siquiera a Neruda o a Salinas, lo saben perfectamente. No necesitan muchos estudios para advertir que lo correcto, lo justo, es tratar de manera desigual a los hijos desiguales, porque solo obrando así permitimos *su* perfeccionamiento progresivo; y, por tanto, que dar a todos lo mismo, sin atender a lo que necesitan o en su caso merecen, constituye una auténtica barbaridad, un tremendo desatino.



Saben también, sobre todo las que han criado una familia numerosa, hasta qué punto es radical y enriquecedora la desigualdad constitutiva de cada retoño; han experimentado con gozo, y casi palpado, que el ser de cada hijo es fruto de

un acto original e irrepetible del Absoluto, que —como ya apunté— los extrae amorosamente de la nada y, por eso, nada tiene en común con los restantes.

De ahí que no los comparen

Cada uno no solo es «el único», «el irrepetible», sino también «el incomparable»... en los dos jugosos sentidos de este vocablo castellano.

Establecer confrontaciones entre ellos, incluso para confirmar una hipotética igualdad, equivaldría a mancillar su condición exquisita de personas o, con términos un poco más difíciles, de *absolutos*. A olvidar que cada uno es amado *absolutamente* por el mismísimo *Absoluto* (Dios) y que ese Amor es la Causa radical e indefectible de que valgan por sí mismos, el fundamento inamovible de la auténtica autoestima.

Cada persona no solo es única e irrepetible,
sino también incomparable



2. La fundamentación teórica

La concepción de la persona como un *absoluto* resulta tremendamente fecunda, aunque el contexto y tono de este escrito solo permita aludir a ella. Entre las muchas consecuencias que pueden extraerse de ese enfoque, y además de la apuntada en un capítulo anterior, esbozo únicamente la que se apoya en la individualidad y la subraya, acentuando así la dignidad o grandeza personal.

Etimológicamente, absoluto equivale a «ab-suelto», «des-ligado», autónomo. Y aquí y ahora pretende señalar que, a fin de cuentas, la valía radical y originaria de la persona no depende más que de su propio ser: ni de lo que hace, ni de lo que posee, ni de la raza o especie a la que pertenece, ni de lo que hagan o digan los otros.

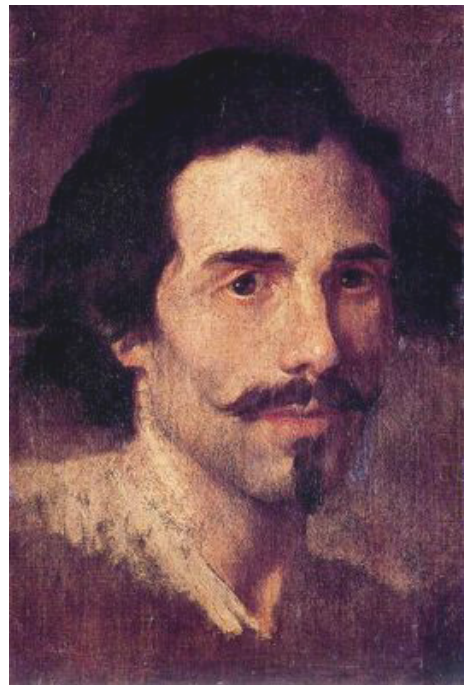
De ahí, repito, la imposibilidad real y el absurdo de compararlos.

1. Porque cabe, sí, calibrar las aptitudes y cualidades, los comportamientos, los éxitos y fracasos...

2. Pero no, en modo alguno, el ser propio de cada persona, donde en fin de cuentas radica, de forma primordial y decisiva, su constitutivo valor o dignidad y su singularidad irrepetible.

Es lo que expresan, con un ritmo y unos matices parcialmente distintos, estas palabras de un psiquiatra afincado en la Europa central:

El amor no se dirige a los atributos psicológicos o físicos del ser amado, sino hacia el exclusivo e irrepetible “ser-así” de la persona que se ama. El amor no es atraído por esta o aquella cualidad que “el otro” tiene, sino por la unicidad irreducible que el otro es (Frankl). Puesto que las cualidades espirituales o corporales no son nunca absolutamente únicas e irrepetibles, siempre se pueden encontrar otras mejores, el abrazarse a ellas da lugar a un amor equívoco y caduco, irremediablemente condenado a la desilusión y al prurito del cambio sin fin. De ahí que la actitud de no pocas muchachas, que echan a perder o al menos ocultan la unicidad exclusiva de su persona mediante la supina imitación de “modelos” completamente impersonales, tenga por resultado el ser literalmente canjeadas por hombres tan solo sexualmente excitados o emotivamente enamorados: “Nosotros no somos infieles a las chicas: simplemente las confundimos”, dice el protagonista de una novela italiana reciente. “El amor verdadero es una relación espiritual con el espíritu del otro, como aparición de un Tú en su ‘ser así’ y no de otra manera, inmunizada contra la caducidad que inevitablemente conlleva la mera circunstancialidad de la sexualidad corporal y del erotismo psicológico” (Frankl). Ese tú es intocable e insustituible, y la relación con él indisoluble y “más fuerte que la muerte”.³⁶



36 TORELLÓ, Juan Bautista: *Psicología abierta*. Madrid: Rialp, 1972, p. 94.



La valía de la persona no
depende más que
de su propio ser:
ni de lo que hace,
ni de lo que posee,
ni de la raza o especie
a la que pertenece,
ni de lo que hagan o digan
los otros

Un apoyo en la teología

Por su parte, las dos citas que siguen, aunque situadas en los confines entre la religión natural y la fe, pues conjugan lo humano con lo divino, confirman adecuadamente las últimas ideas expuestas y resumen y recuerdan buena parte de lo visto hasta el momento.

1. Dignidad y ser:

Nuestra verdadera identidad [nuestra única e irreiterable condición personal], mucho más profunda que el tener o que el hacer, e incluso que las virtudes morales y las cualidades espirituales [...], no depende de las circunstancias, ni de lo que tenemos o dejamos de tener, ni —en cierto modo— tampoco de lo que hagamos o no, de nuestros éxitos y nuestros fracasos [...]. Nuestra identidad, nuestro “ser” tiene otro origen distinto de nuestros actos, y mucho más profundo: el amor creador de Dios que nos ha hecho a su imagen y nos ha destinado a vivir siempre con Él, que es el amor que no puede volverse atrás.³⁷

2. Dignidad y libertad:

Nuestro mundo busca la libertad, pero lo hace en la acumulación del tener y el poder, y olvidando esta verdad esencial: solo es verdaderamente libre aquel al que no le queda nada que perder porque ya ha sido despojado, desprendido de todo; porque es libre de todos y de todo, y de él se puede decir en verdad que “ha dejado la muerte atrás”, pues todo su “bien” está en Dios y únicamente en Él. Soberanamente libre es el que no ambiciona ni teme nada: no ambiciona nada porque cualquier bien realmente importante lo obtiene de

37 PHILIPPE, Jacques: *La libertad interior*. Madrid: Rialp, 3ª ed., 2004, pp. 151-152.

Dios; y no teme nada porque nada tiene que perder o defender, ya que no posee enemigos ni se siente amenazado por nadie.³⁸

Con lo que empieza a hacer presencia otra actitud definitiva en el trato entre personas —la gratuidad—, en la que me detendré algunas páginas más adelante.

**Nuestra identidad tiene su origen más profundo
en el amor creador de Dios,
que nos ha hecho a su imagen
y nos ha destinado a vivir siempre con Él**

No pierdas la paz ni la confianza.

El conocimiento humano es progresivo. Resulta casi imposible comprender a fondo lo que se estudia por primera vez. Pero lo que entonces se aprende prepara para adentrarse en lo que sigue, y el nuevo conocimiento ayuda a esclarecer y a percibir con luces nuevas lo ya parcialmente sabido. A menudo es preciso leer más de una vez lo mismo, tomar notas y volver sobre ellas, condensarlas en resúmenes, repasar el texto original... Pero el resultado suele ser muy agradable o, al menos, provechoso... o eso es lo que espero y te deseo.

¡Adelante, pues!

Ayuda para la reflexión personal

- Reflexiona unos minutos sobre el uso que hacemos del término «incomparable» en nuestro lenguaje cotidiano: «la Sierra de las Nieves nos ofrece un paisaje incomparable»; «mi tío Jacinto gozaba de una inteligencia absolutamente incomparable»; «el delantero centro de mi equipo hace un juego incomparable»...

Y ahora, explica con tus propias palabras qué queremos decir cuando afirmamos que cada persona es incomparable.

¿Encuentras alguna diferencia sustancial entre el sentido habitual y el que aquí hemos dado al término en cuestión? En caso afirmativo, ¿cuál sería?

- Tras responder a esta pregunta, con independencia de lo que hayas contestado, busca algunas frases en que el término «incomparable», o sus sinónimos, se utilice en sentidos distintos, aunque sea tan solo cuestión de matiz. Cuantas más diferencias de uso descubras, mayor será tu comprensión de este atributo personal.

- En tu vida cotidiana, ¿te resulta sencillo respetar el derecho de los otros a ser como son o tiendes a «construirlos a tu propia imagen y semejanza»? ¿Tiendes a *moralizar* las diferencias, es decir, a calificar como éticamente malo lo que simplemente es distinto de lo que tú haces o de tu propia manera de ser?

38 PHILIPPE, Jacques: *La libertad interior*. Madrid: Rialp, 3ª ed., 2004, pp. 159-160.

- ¿Consideras que tienes la obligación de fomentar en quienes te rodean su propia forma de ser y obrar? En caso afirmativo, ¿cumples con ese deber, aunque a veces te cueste sangre?

- Cada persona es «el incomparable». Y lo es en los dos sentidos del término. ¿Podrías explicar cuáles son estos dos sentidos? De nuevo te sugiero que, en la medida de lo posible, aprecies y reflexiones sobre todos los matices que logres descubrir.

- Seguramente habrás oído a algún padre comentar, con más o menos fuerza: «quiero que mi hijo sea lo que yo no he podido ser». Después de haber leído este capítulo, ¿qué dirías a ese padre? ¿Qué piensas que encierran sus palabras? Te ruego que puntualices, con el fin de evitar un juicio injusto.

- Es fácil comprender lo absurdo de empeñarse en comparar personas. Pero, ¿has entendido suficientemente por qué digo que es *imposible* hacerlo, que existe imposibilidad *real* de realizar esa comparación, por lo que el resultado siempre será erróneo?

- En este capítulo he hablado mucho del amor, sobre todo porque es el que permite *descubrir* y *fomentar* la singularidad de quienes nos circundan. Y he recogido un texto de Frankl que, seguro, no te habrá dejado indiferente:

«El amor verdadero es una relación espiritual con el espíritu del otro, como aparición de un Tú en su 'ser así' y no de otra manera, inmunizada contra la caducidad que inevitablemente conlleva la mera circunstancialidad de la sexualidad corporal y del erotismo psicológico».

Te invito a que, a la luz de lo que llevamos visto en esta asignatura, y de las consideraciones realizadas con el auxilio de otras lecturas o conversaciones, mates todo lo que puedas este texto.



Nueva ayuda para la reflexión personal

- Estas palabras de Fromm enlazan lo que vimos en capítulos anteriores con las ideas centrales de este epígrafe. Después de leerlas con detenimiento, intenta establecer tus concordancias y diferencias con lo que sostiene su autor:

«La responsabilidad podría degenerar fácilmente en dominación y posesividad, si no fuera por un tercer componente del amor, el *respeto*. Respeto no significa temor y sumisa reverencia; denota, de acuerdo con la raíz de la palabra (*respicere* = mirar), la capacidad de ver a una persona tal cual es, tener conciencia de su individualidad única. Respetar significa preocuparse porque la otra persona crezca y se desarrolle tal como es. De ese modo, el respeto implica la ausencia de explotación. Quiero que la persona amada crezca y se desarrolle por sí misma, en la forma que le es propia, y no para servirme. Si amo a la otra persona, me siento uno con ella, pero con ella *tal cual es*, no como yo necesito que sea, como un objeto para mi uso. Es obvio que el respeto solo es posible si *yo* he alcanzado independencia; si puedo caminar sin muletas, sin tener que dominar ni explotar a nadie. El respeto solo existe sobre la base de la libertad: “*l’amour est l’enfant de la liberté*”, dice una vieja canción francesa; el amor es hijo de la libertad, nunca de la dominación» (FROMM, Erich: *El arte de amar*. Barcelona: Paidós Studio, 11ª ed., 1990, p. 36).

- También los juicios de Fizzotti pueden parecerle extraños o exagerados. No dudes en reflexionar sobre ellos, contrastarlos con lo que sabes por otras fuentes y extraer tus propias conclusiones. No vaciles lo más mínimo en *descalificar* el contenido de la cita, si eso es lo que opinas tras reflexionar con calma sobre ella:

«Una tercera actitud se refiere al colectivismo por el que está dominado el hombre moderno, y que desemboca inexorablemente en la masificación más impersonal y despersonalizante. Históricamente, se podría remontar la agudización del problema del colectivismo a la época siguiente a la segunda guerra mundial, cuando desde muchas partes se dirigieron acusaciones contra el pueblo alemán por haber sido el origen del conflicto y, por consiguiente, causa del exterminio de millones de seres humanos, incluidos los seis millones de judíos sacrificados en los campos de concentración. El mismo tribunal internacional, constituido para juzgar a los culpables de los crímenes de guerra, incluyó en el artículo 10 de los Estatutos la cláusula de que los jefes de las potencias vencedoras tenían el derecho de someter a juicio a todos los que habían pertenecido a uno de los grupos que, a tenor del artículo 9 de los mismos Estatutos, fueron definidos criminales. En tal afirmación se eliminaba la posibilidad de dudar del carácter criminal de cada uno, individualmente. Esto llevaba inexorablemente a una masificación innoble, a un gregarismo que recuerda dolorosamente la situación de los prisioneros en el Lager, justamente porque el colectivismo es la forma más sutil de anular la personalidad del hombre, su originalidad y unicidad» (FIZZOTTI, Eugenio: *De Freud a Frankl*. Pamplona: EUNSA, 2ª ed., 1981, pp. 59-60).

- Con plena conciencia agrego otras palabras de una magnífica psiquiatra, que tampoco parecen relacionarse directamente con el tema recién tratado. Pretendo que seas tú quien establezca el nexo entre ellas y lo que acabo de exponer... y te aseguro que esa conexión existe:

«En resumen, no son solo las “estrategias” psicológicas las que ayudan, sino que, ante todo, cuenta la “presencia amante” de una persona. Pero esto es, precisamente, lo que no podemos aprender, sino únicamente vivir. Vivirlo nosotros mismos. Para rescatar a alguien del vacío de valores deben confluír, de forma veraz, dos cosas: un conocimiento suficiente y un corazón abierto. Bernhard von Clairvaux ya debía de saberlo, en el siglo XII, cuando escribió lo siguiente: “¿Qué haría la educación esmerada sin el amor? Ufanarse. ¿Qué haría el amor sin la educación esmerada? Extraviarse”» (LUKAS, Elisabeth: *Paz vital, plenitud y placer de vivir*. Barcelona: Paidós, 2001, p. 104).

- Y ahora, algunos hechos concretos en los que podría concretarse el amor a la singularidad del otro:

«Acepte las necesidades (de conocimiento) personales de su hijo. Si usted mismo no está loco por los caballos o no es un entusiasta de la astronomía, busque contactos con expertos de tales campos. Pero acepte también siempre que su hijo no tenga más ganas de algo. El baremo lo deben marcar los intereses de su hijo, no sus propios sueños de infancia incumplidos» (MURPHY-WITT, Monika: *Padres consecuentes, niños felices*. Barcelona: Medici, 2004, p. 38).

«Todo matrimonio es la unión de dos individuos con sus propias opiniones, personalidad y valores. Por esto no es de extrañar que incluso en los matrimonios felices, marido y mujer tengan que resolver diversos conflictos. Algunos de estos conflictos son minucias sin importancia, pero otros pueden ser muy complejos e intensos. A menudo las parejas se sienten abrumadas por los conflictos, o se han distanciado el uno del otro para protegerse» (GOTTMAN, John M. y SILVER, Nan: *Siete reglas de oro para vivir en pareja*. Barcelona: Ed. de Bolsillo, 2001, p. 145).

«Cuando elegimos un compañero a largo plazo estamos eligiendo inevitablemente una serie de problemas insolubles con los que tendremos que convivir durante diez, veinte o cincuenta años» (GOTTMAN, John M. y SILVER, Nan: *Siete reglas de oro para vivir en pareja*. Barcelona: Ed. de Bolsillo, 2001, p. 147).

«La base para enfrentarse de forma efectiva a cualquier clase de problema es la misma: comunicar tu aceptación básica de la personalidad de tu compañero. Por nuestra naturaleza humana, es prácticamente imposible que aceptemos consejo de nadie a menos que sintamos que esa persona nos comprende. De modo que la regla básica es: antes de pedir a tu pareja que modifique su modo de conducir, comer o hacer el amor, debes hacerle sentir que la comprendes. Si alguno de los dos se siente juzgado, incomprendido o rechazado por el otro, no podréis enfrentaros a los problemas del matrimonio. Y esto se aplica tanto a los grandes problemas como a los nimios» (GOTTMAN, John M. y SILVER, Nan: *Siete reglas de oro para vivir en pareja*. Barcelona: Ed. de Bolsillo, 2001, p. 166).

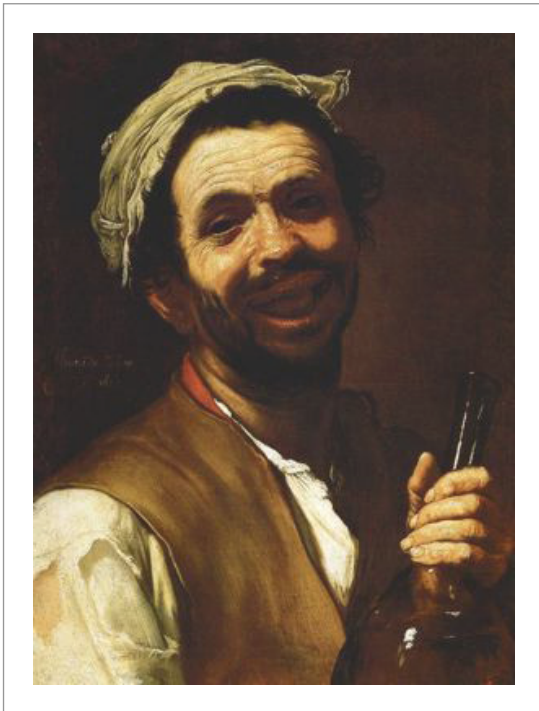
- ... y un espectacular y larguísimo etcétera.



V. El insustituible

1. Una nueva visión de la dignidad humana

De momento, querría sacar una conclusión que culmina cuanto llevamos visto y pone claramente de manifiesto la valía personal.



Y es que cualquier persona, en virtud de su singularidad y los atributos que de ella derivan precisamente en cuanto persona, resulta del todo insustituible: como vengo sugiriendo, aporta al universo algo que ningún otro puede ofrecer en su lugar.

Estimo que, justo cuando enfocamos la singularidad desde esta perspectiva, se nos torna patente toda la grandeza de la persona, de cualquiera de ellas, con plena independencia de sus dotes o cualidades, de sus méritos, de su mejor o peor comportamiento...

Pues, por muy poco que *valga*, cada persona *vale* tanto que, justo en cuanto persona, ninguna otra puede suplirla.

1. O, si se prefiere: en lo que atañe a su índole personal, ningún ser humano, incluso el aparentemente más autoenvilecido, puede ser reemplazado por otro de los que ahora existen, han existido o existirán, ni por la suma de todos ellos.

2. Más aún: nadie es sustituible ni por el íntegro conjunto de las personas creadas, pasadas, presentes y futuras... y de todas las que pudieran existir... más el propio Dios, precisamente porque Él así lo ha querido.

Por muy poco que *valga*, cada persona *vale* tanto que,
justo en cuanto persona, nada ni nadie puede suplirla

Entre la filosofía y la teología

Para quienes les sirva, estamos ante una prueba más, y no poco significativa, de la seriedad con que Dios se toma su propia creación y, de manera muy particular, a las personas.

Aunque no siempre de forma consciente, existe entre algunos una tendencia a sobrevalorar de modo tan equívoco y falso la omnipotencia divina que se acaba por desproveer al universo de auténtica consistencia: como si se tratara de una suerte de fantasmagoría o de castillo de fuegos artificiales, que son... pero más bien, y al cabo, no son; o como un simple juguete con el que Dios se distrae —en el sentido más banal y no comprometido del término— y con el que puede hacer lo que le apetezca.

En absoluto. Diciéndolo a nuestro modo, Dios asume todas las consecuencias de las obras que realiza.

1. Y, por acudir al caso que se plantea más a menudo, cuando crea al hombre libre, corre con todos *los riesgos* que esa libertad lleva consigo:

1.1. Riesgos para el ser humano, para quien el privilegio del obrar libre presenta un carácter ambivalente: por cuanto sin libertad es del todo imposible el amor y, con él, el propio desarrollo, la plenitud y la felicidad consiguiente; pero cuyo carácter por fuerza imperfecto, pues es una libertad limitada, lo sitúa en la coyuntura de deshacerse como persona y tornarse tremendamente desdichado.

1.2. Y riesgos para el propio Dios, que, justo porque nos ama, y por eso nos dota de libertad, se torna vulnerable: se arriesga realmente a que frustremos sus planes, y sufre muy de veras —solo y exclusivamente por el daño que eso supone para nosotros— cuando, al obrar de forma incorrecta, en efecto los malogramos.

2. De manera análoga, y esto es lo que ahora interesa, cada persona creada tiene un cometido que, en sentido propio, ninguna otra —ni el propio Dios, porque así lo ha querido— puede realizar en su lugar. De lo contrario, no habría sido creada. Cuestión que, como vemos, enlaza de forma clara con lo antes apuntado acerca del compromiso



No me resisto a transcribir, porque iluminan el fondo mismo de la cuestión, estas palabras de Javier Echevarría, centradas todas ellas en torno a la singularidad personal:

Porque no existe verdadera plegaria comunitaria si no está radicada, como necesidad insustituible, en la oración individual de cada alma. [...] El Creador, que se ha gozado en la creación única e irreplicable de las personas, espera esta respuesta de cada uno en singular. [...] Al considerar que la Trinidad Santísima se ha gozado en la creación de cada uno de nosotros, dándonos una existencia personal e irreplicable, con nuestro cuerpo y con nuestra alma, se deduce fácilmente que a Dios, por analogía, le interesa la oración personal de cada hombre, de cada mujer, también porque nadie nos puede sustituir — aunque nos empeñáramos — en esta relación de criatura a Creador.³⁹

Cada persona tiene un cometido que, en sentido propio,
ninguna otra puede realizar en su lugar



2. Y un nuevo modo de atender contra esa dignidad

Tras estas observaciones, tal vez se advierta con mayor hondura algo que ya tratamos: el daño que se inflige a un ser humano cuando lo único que se busca, y aquello para lo que se le prepara y por lo que se le valora, es la *función* que puede desempeñar. Porque justo en esa medida hacemos de él alguien radicalmente *sustituible* y, en consecuencia, no-valioso desde el punto de vista personal.

(Semejante *funcionalismo* alcanza cotas que hacen temblar cuando a un ser humano en estado embrionario se le permite proseguir en la existencia o, al con-

³⁹ ECHEVARRÍA, Javier: *Getsemaní*. Barcelona: Planeta, 2005, pp. 95-96.

trario, se trunca su vida en los mismos inicios, en función de su utilidad para la salud de otros individuos, del progreso de la ciencia... ¡del coste económico que supone su conservación!).



Y es que el mismo concepto de función incluye, como nota constitutiva, que pueda ser realizada, *indiferentemente*, por quien posea la aptitud correspondiente, al margen del resto de caracteres que integran a esa persona ¡y de su misma condición personal!

Más aún, como demostraron ciertos siste-

mas laborales hoy en parte superados, la organización *funcional*, en la acepción que doy ahora a este vocablo, sitúa en la raíz de su eficacia el que quien realice una tarea pueda ser suplido por cualquier otro igualmente capacitado —¡para esa labor... y punto!—, sin que ello implique la más mínima merma en el producto final.

Ahora bien, incluso suponiendo que efectivamente de este modo se aumentara la eficacia, cosa que dista mucho de estar demostrada, el precio que tiene que pagarse, en términos antropológicos, es tremendo: la despersonalización, la imposibilidad de poner en juego la propia creatividad, el ingenio o las habilidades que nos caracterizan, el espíritu de iniciativa..., es decir, justo aquellos rasgos que mejor definen y hacen crecer a la persona en cuanto persona.

Y todo ello desemboca, tarde o temprano, en frustración y desencanto personales profundos y difícilmente reparables, y en absoluto paliados incluso con el éxito más apabullante en la propia profesión o con unos ingresos astronómicos. Las estadísticas, en especial las realizadas entre los *yuppies*, muestran cómo los grandes triunfadores son a menudo tremendamente infelices en lo que suele denominarse vida sentimental, que es lo que marca el *tono* de su entera existencia.

Se explica, también por este motivo, que bastantes personas *aguanten* los días laborables pensando tan solo en el fin de semana; o, que, cuando —como en este caso— el trabajo es la simple, no deseada pero ineludible contrapartida del dinero que proporciona, y no una realidad que —aunque esforzada— satisface y mejora a la persona en cuanto tal, con palabras de Schumacher, «el mejor trabajo sea el menor trabajo».

¡Cuán diferente es esta situación del ideal preconizado por Unamuno!

Ha de ser nuestro mayor esfuerzo el de hacernos insustituibles, el de hacer una verdad práctica el hecho teórico —si es que esto de hecho teórico no envuelve una contradicción *in adiecto*— de que es cada uno de nosotros único e irremplazable, de que no puede llenar otro el hueco que dejamos al morirnos.

Cada hombre es, en efecto, único e insustituible; otro yo no puede darse; cada uno de nosotros —nuestra alma, no nuestra vida— vale por el Universo todo.⁴⁰

**Se atenta contra la dignidad del ser humano
cuando lo único que se busca,
y aquello para lo que se le prepara y por lo que se le valora,
es la función que puede desempeñar**

Ventajas de la singularización

Cabría, pues, establecer una ley no desprovista de excepciones, pero sumamente indicativa:

Cuando se persigue, propicia y va alcanzando el crecimiento íntegro de la persona, su singularización no solo afianza y acrisola su categoría constitutiva, sino que la pone en condiciones de capacitarse para ejercer de la manera más adecuada —¡humana y personal!— una multitud de tareas.

Al contrario, si lo que se pretende es el adiestramiento para ejercer una simple función, con lo que implica de igualdad homogeneizante, al cabo no solo mengua la valía de la persona en cuanto tal, sino que ni siquiera se la hace capaz de realizar convenientemente la labor que se ha transformado en objetivo supremo, y casi único, de semejante educación.

Lo expone Chesterton, con la ironía aguda y el sentido del humor que lo caracterizan:

Sé que hay animales que entrenan a sus crías con trucos especiales, como los gatos enseñan a los pequeños gatos a cazar ratones. Pero es una educación muy limitada y más bien rudimentaria. Es lo que los industriales millonarios llaman educación para los negocios o para la administración de empresas; es decir, no es de ninguna manera educación.⁴¹



40 UNAMUNO, Miguel de: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Madrid: Alianza Editorial, 8ª reimpresión, 2011, p. 574.

41 CHESTERTON, Gilbert Keith: *El amor o la fuerza del sino*. Antología elaborada por Álvaro de Silva. Madrid: Rialp, 1993, p. 52.

Un paso más:

1. Cuanto vengo apuntando resulta relevante en los dominios en que lo he emplazado, en los que ciertamente existe un aspecto de cualificación funcional-profesional... que nunca debería, sin embargo, ni ahogar ni pretender suplir (sino, al contrario, fomentar) las dimensiones personales estrictas, claves incluso del éxito específico de tales esferas.

(De acuerdo con lo que acabo de sugerir, en el plano estrictamente laboral cada vez va siendo más obvio que los mejores empresarios no buscan tanto al individuo técnicamente preparado —¿quién podría serlo hoy, cuando bastantes de las Universidades han disminuido notablemente el nivel y la calidad de enseñanza y, sobre todo, cuando los conocimientos cambian con tal rapidez que al término de buena parte de las carreras, en particular las más técnicas, ha quedado obsoleto lo que se estudió los primeros años?—, sino a quien posee la suficiente calidad personal para desenvolverse correctamente en las distintas situaciones... y, en parte por esa misma razón, asimilar en pocos meses la capacitación específica y siempre renovable que solo la empresa puede darle).



2. Pero semejante *funcionalismo* se torna devastador cuando invade las esferas en las que el nexo persona-persona debe ser dominante o incluso exclusivo, al tiempo que soporta y fundamenta, en su caso, lo que en ellas pueda haber de función.

Me refiero, sobre todo, cómo fácilmente cabe advertir, a cuanto constituye o guarda parentesco, más o menos estrecho, con la familia y realidades similares: amistad, noviazgo, matrimonio, paternidad, filiación, servicio doméstico, docencia...

3. Sin embargo, por desgracia, también en estas comunidades más entrañables, la persona en cuanto tal pierde a veces terreno frente a otros factores de muy diverso tipo:

3.1. Bien porque, aun buscándolo al menos de forma implícita, no se alcanza a penetrar hasta el núcleo de la persona, y las relaciones se sustentan sobre caracteres extrínsecos (posición social, económica, éxito, influencias, fama...), o intrínsecos, pero superficialmente desprovistos de la radicación y connotación

personales que por naturaleza les corresponde (concordancia emotiva, atractivo físico, presunta compenetración sexual...).

3.2. Bien porque positivamente —por ignorancia o convencimiento acrítico, derivado de las ideas ambientales dominantes— se estima que son solo esos otros factores impersonales los que realmente existen o los que cuentan a la hora de establecer con provecho hasta las relaciones por naturaleza más íntimas: las de novio y novia, marido y mujer, padres e hijos, hermanos, etc.

En los dos casos, pero particularmente en este segundo, la prueba más patente de la des-personalización y rebajamiento infligidos consiste en que los componentes del conjunto se consideran sustituibles o de «usar y tirar», como dicen algunos... y, de hecho, se los re-cambia cuando en efecto no *funcionan* o dejan de *funcionar*, a tenor del rendimiento previsto.

Parece bastante claro que en todas estas situaciones se atenta contra la dignidad de la persona, al medir su valor no por lo que *es*, sino solo por lo que *hace*.

La persona debe ser valorada por lo que *es*
y no por lo que *tiene* o por lo que *hace*



Y eso nos introduce en el próximo capítulo.

No pierdas la paz... ni la confianza en tus capacidades (*te permito* que dudes cuanto quieras de las de quien ha escrito estas líneas).

El conocimiento se adquiere poco a poco. De ordinario no acaba de comprenderse lo que se lee por vez primera. Pero lo que entonces se capta prepara para estudiar lo que sigue, y el nuevo conocimiento refuerza lo ya aprendido... a veces tras aumentar inicialmente las dudas al respecto. Aunque con frecuencia haya que volver sobre lo ya «sabido», el resultado final suele provocar una notable y muy honda y duradera satisfacción.

Ánimo.

Ayuda para la reflexión personal

- Por muy poco que «valga», cada persona «vale» tanto que, justo en cuanto persona, ninguna otra puede suplirla. ¿Consideras correcto, o incluso necesario, poner «valga» y «vale» entre comillas? ¿Por qué?
- Has podido leer en estas páginas que «nadie es sustituible ni por el íntegro conjunto de las personas creadas, pasadas, presentes y futuras... y de todas las que pudieran existir... más el propio Dios». ¿Te parece exagerada esta afirmación? Razona tu respuesta, sea cual fuere.
- ¿Estás de acuerdo en que el *funcionalismo* en el adiestramiento laboral hace a la persona incapaz de realizar convenientemente la labor que se ha transformado en objetivo supremo de semejante educación? ¿Seguro? ¿Cómo hemos de entender ese *convenientemente*? ¿Se refiere también al plano *técnico* —o de eficacia, por llamarlo de algún modo— o solo a su perfeccionamiento como persona?
- ¿Estás de acuerdo en que el funcionalismo en las relaciones personales es la causa de muchos fracasos matrimoniales? Razona tu respuesta.

Nueva ayuda para la reflexión personal

- Como resumen, ciertamente difícil, de buena parte de este capítulo, valgan los siguientes párrafos de Spaemann, que vuelvo a copiar también para que compruebes si ahora los comprendes mejor que cuando los leíste por vez primera:

«“Persona” no es, pues, un concepto de clase, sino un “nombre propio general”. ¿Por qué disponemos de nombre propio general solo para individuos de *natura rationalis*? Porque los individuos que tienen una naturaleza semejante mantienen con su naturaleza una relación distinta que otros individuos. No son meramente “casos de...”.

En eso estriba la diferencia, dice Santo Tomás, cuando escribe que las personas son individuos que existen *per se* y tienen *dominium sui actus*, dominio de sus propias acciones. Sus acciones no resultan simplemente de su naturaleza. De ellas se puede decir, más bien: *Non solum aguntur, sicut alia, sed per se agunt*. No solo actúan, como las demás cosas, sino que obran por sí mismas. Es decir, son libres.

Son “principio del movimiento y el reposo” de forma distinta a como, según Aristóteles, lo es la naturaleza de otra cosa cualquiera. Las sustancias naturales también tienen en sí un comienzo, un principio, semejante. Aristóteles llama a este principio *physis*. En ese sentido, se podría decir incluso que solo las personas satisfacen plenamente el concepto

de las sustancias naturales. Y, de hecho, Aristóteles obtuvo su concepto de sustancia del paradigma del hombre. Sin embargo, cuando Santo Tomás dice de las cosas naturales que *aguntur*, que son movidas, que algo ocurre a través de ellas, lo hace por dos razones: en primer lugar, porque la naturaleza de un ser es inducida siempre desde fuera, es decir, se transmite por lo general mediante la generación, y, en segundo, porque esta naturaleza, cuyo origen no somos nosotros, organiza de antemano las reacciones específicas de un ser ante los influjos exteriores. Un animal de una especie reacciona agresivamente, mientras que uno de otra huye. La naturaleza es un principio de reacción específica. En el concepto de persona pensamos un origen más originario aún que el de individuo singular. No en el sentido de que tales individuos no tuvieran naturaleza alguna, y tuvieran que decidir libremente lo que son. Pero sí es cierto que pueden conducirse respecto de su naturaleza. Pueden apropiarse en libertad las leyes de su esencia o atentar contra ellas y “degenerar”. Como seres pensantes, no se nombran solo como miembros pertenecientes a una especie, sino como individuos que “existen en una naturaleza semejante”. Es decir: existen como personas» (SPAEMANN, Robert: *Personas*. Pamplona: EUNSA, 2000, pp. 50-51).

- La conciencia de que somos insustituibles nos hace descubrir que nuestra vida tiene sentido, puesto que nadie puede hacer por nosotros lo que nosotros no hagamos. Presenta también, por lo mismo, una función terapéutica, que se opone al vacío existencial por falta de sentido. Copio algunos párrafos que ilustran estas afirmaciones.

- En primer término, la idea general:

«Pero aún hay más, y es que la frustración existencial, o la *frustración de la voluntad de sentido*, como la podemos llamar también, no solamente no es de suyo algo patológico —mucho menos aún se podría llamar tal cosa a la voluntad de sentido en sí misma, esta innata tendencia del hombre a llevar una existencia lo más rica posible de sentido— y está tan lejos de ser algo enfermizo, que más bien puede y aun debe ser aprovechada en sentido terapéutico. El procurar esto es precisamente el principal intento de la *Logoterapia, como terapéutica basada en el Logos* —y esto quiere decir en nuestro caso: *un tratamiento orientado (y re-orientador para el paciente)* hacia el sentido de su vida—. Para lo cual no solamente se trata de poner en acción la voluntad de sentido, sino que ante todo es menester provocarla o evocarla, hacerla aparecer, donde se hubiera perdido, donde estuviera latiendo inconscientemente, donde haya sido reprimida. Otra de las tareas encomendadas a la Logoterapia es, además, la de proponer y hacer patentes diversas y concretas posibilidades de realizar este sentido, para lo que, desde luego, es necesario un análisis previo de la existencia concreta, personal, del enfermo en cuestión: en una palabra, un análisis existencial” (FRANKL, Viktor. *La idea psicológica del hombre*. Madrid: Rialp, 6ª ed., pp. 99-100).

- A continuación, el convencimiento de que semejante sentido se halla en la medida en que la persona se olvida de sí y se vierte hacia el exterior:

«La segunda capacidad humana, la de la auto-trascendencia, denota el hecho de que el ser humano siempre apunta y se dirige a algo o alguien distinto de sí mismo —para realizar un sentido o para lograr un encuentro amoroso en su relación con otros seres humanos—. Solo en la medida en que vivimos expansivamente nuestra autotrascendencia, nos convertimos realmente en seres humanos y nos realizamos a nosotros mismos. [...] nosotros somos humanos en la medida que somos capaces de no vernos, de no notarnos y de olvidarnos de nosotros mismos dándonos a una causa para servir, o a otra persona para amar. Sumergiéndonos en el trabajo o en el amor, nos estamos trascendiendo, y por tanto nos estamos realizando a nosotros mismos» (FRANKL, Viktor: *La idea psicológica del hombre*. Madrid: Rialp, 6ª ed., pp. 26-27).

- Y una concreción muy significativa y de la vida cotidiana:

«Seguramente la generosidad de la entrega y el ser menos egocéntricos se hacen realidad cuando somos padres, pues nuestros hijos nos piden que los coloquemos en el primer lugar y los atendamos. Tengo, por tanto, que insistir en los aspectos existenciales y ontológicos de la condición de padres. Convertirse en padre o madre significa para el hombre de hoy la gran oportunidad de ser menos egoísta o narcisista. A este respecto, es muy

alentador comprobar que jóvenes de carácter difícil han llegado a ser padres responsables. Y es que la paternidad produce un impacto tal en sus vidas que les lleva a madurar como seres humanos» (MATLÁRY, Janne Haaland: *El tiempo de las mujeres. Notas para un Nuevo Feminismo*. Madrid: Rialp, 2000, pp. 40-41).

«Soy de la opinión de que la paternidad es algo fundamental para los hombres, y que un hombre llega a ser persona responsable al convertirse en padre. [...]

En circunstancias normales, el hombre que se convierte en padre, experimenta un cambio y pasa del egocentrismo a la madurez, sobre todo en los momentos en que se implica directamente en el cuidado del niño. Padre es todo hombre que se ocupa de un modo responsable de los demás, el que asume una responsabilidad hacia quienes son más débiles y dependientes. En definitiva, es aquel que no vive sólo para sí mismo» (MATLÁRY, Janne Haaland: *El tiempo de las mujeres. Notas para un Nuevo Feminismo*. Madrid: Rialp, 2000, p. 45).

- Un caso muy particular, pero que a todos nos toca alguna vez en la vida y que es preciso conocer:

«Más importante, sin embargo, es la tercera ruta hacia el sentido, la de las actitudes. Incluso si somos víctimas indefensas de una situación desesperada, enfrentándonos a un destino que no podemos cambiar, nos es factible elevarnos, crecer sobre nosotros mismos, y con ello cambiarnos a nosotros mismos. Podemos transformar una tragedia personal en un triunfo humano» (FRANKL, Viktor: *La idea psicológica del hombre*. Madrid: Rialp, 6ª ed., p. 35).

«Debido a que el sentido puede “extraerse” incluso del sufrimiento, la vida demuestra estar potencialmente plena de sentido, literalmente hasta nuestro último aliento. De ninguna manera, sin embargo, el sufrimiento es imprescindible para encontrar sentido. Pero el sentido es posible, aun a pesar del sufrimiento. Esto es cierto, por supuesto, solo para sufrimientos inevitables. Si fueran evitables, lo sensato sería eliminar su causa, ya sea psicológica, biológica o política. Sufrir innecesariamente es masoquismo, no heroísmo. Pero si no podemos cambiar la situación que causa nuestro sufrimiento, sí nos es posible elegir nuestra actitud ante el mismo» (FRANKL, Viktor: *La idea psicológica del hombre*. Madrid: Rialp, 6ª ed., p. 37).

